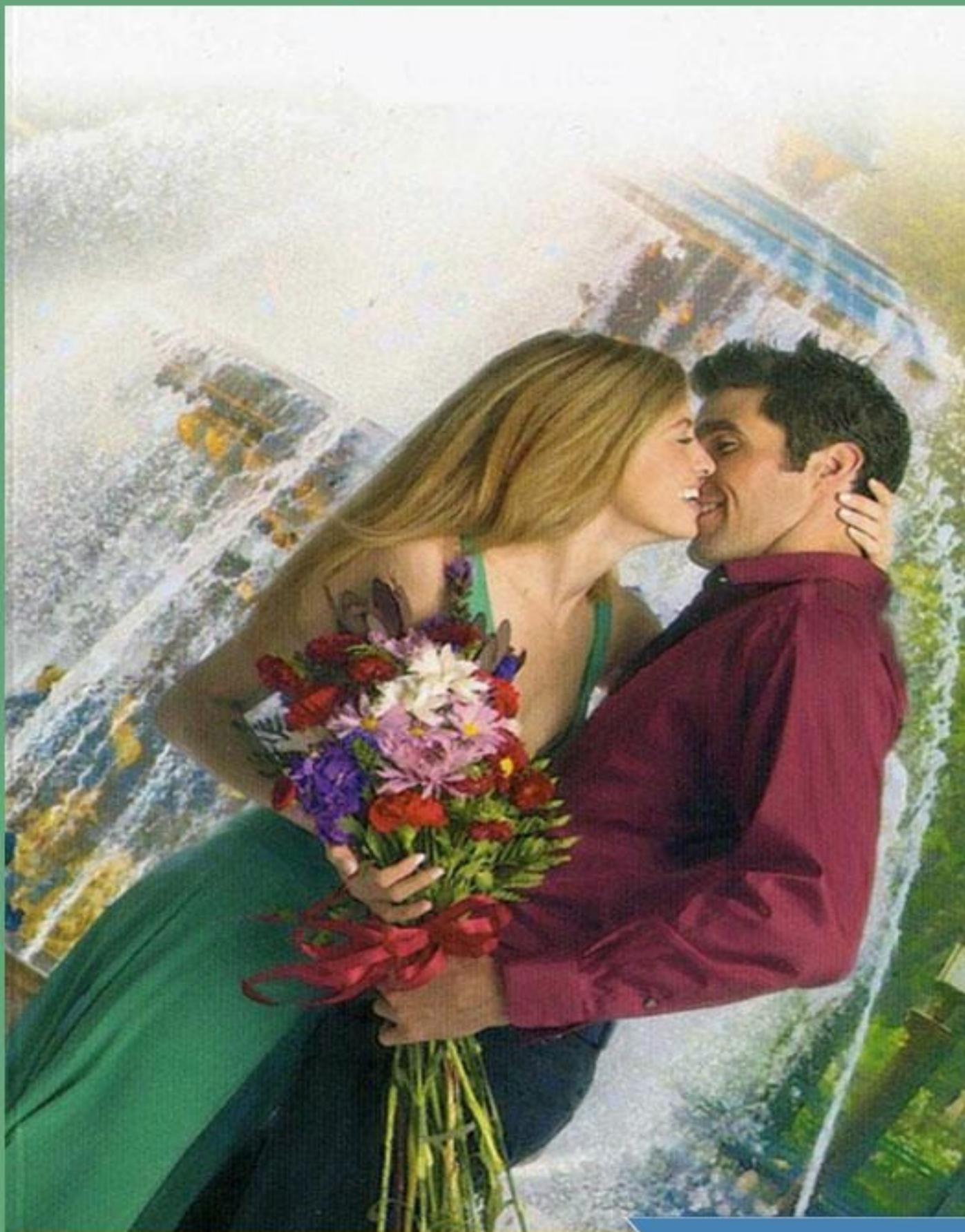


se

Perfecta unión



CARA COLT **Lectulandia**

Eran dos personas muy diferentes, pero formaban el equipo perfecto.

Dylan McKinnon era atractivo, seguro de sí mismo y tenía algo que lo hacía irresistible para el sexo opuesto.

La florista Katie Pritchard sabía muy bien el efecto que Dylan tenía en las mujeres, pues era su mejor cliente. Y muy a su pesar, ella también había quedado cautivada por sus encantos.

Parecían la pareja imposible y seguramente lo eran, pero Katie sabía que el playboy era mucho más de lo que parecía a simple vista.

Lectulandia

Cara Colter

Perfecta unión

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *The Playboy's Plain Jane*
Cara Colter, 2007

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

—Y creo que unos cuantos lirios también —suspiró la señora Johnson, con tristeza—. A Gertrude le encantaban los lirios.

Katie miró su reloj. Era casi la una. No podía decirle a la señora Johnson que volviera más tarde para encargarse de una corona funeraria porque ella tenía el capricho de mirar a través del cristal del escaparate. Pero cuando entró en la floristería diez minutos antes le dijo que tenía prisa. Deberían haber acabado ya.

Katie dejó el bolígrafo sobre el mostrador. Al fin y al cabo, ella era la propietaria de Flower Girl. Era la jefa. Si quería acercarse al escaparate, podía hacerlo.

—Perdóneme un momento. Tengo que mirar una cosa en el escaparate...

Sin prestar atención a la sorprendida mirada de la señora Johnson, Katie salió del mostrador y volvió a colocar por enésima vez un jarrón de brillantes gardenias que representaban la esperanza y los sueños.

Justo en ese instante, apareció el hombre al que más despreciaba en el mundo. Dylan McKinnon iba corriendo, moviendo brazos y piernas al ritmo, su pelo oscuro al viento.

Aquel día llevaba una especie de cazadora deportiva sin mangas, el complemento perfecto para un hombre con unos bíceps de ensueño. Y ese hombre hacía que se le encogiera el estómago.

La cazadora estaba diseñada para lucir sus atributos, sin ninguna duda. Como los pantalones cortos, que dejaban al descubierto unas piernas largas y bien formadas.

«Patético», se dijo a sí misma, sabiendo que no era a Dylan McKinnon a quien despreciaba sino a sí misma por su debilidad.

Llevaba el pelo, del rico color de un café expreso, un poco demasiado largo. Le recordaba a los guerreros escoceses de antaño que, con un apellido como McKinnon, debían de haber sido sus antepasados.

Tenía la nariz recta, un hoyito en la barbilla y pómulos altos. Y estampado en aquel rostro perfecto había un gesto de determinación, una concentración que casi daba miedo.

Sus ojos, enmarcados por unas pestañas de pecado, eran más azules que el cielo antes de que se pusiera el sol. Y tenían el brillo de un hombre decidido, un hombre que se conocía bien a sí mismo y al mundo.

Katie odiaba que le gustase tanto verlo correr, pero Dylan McKinnon no era el soltero más cotizado de Hillsboro, Ontario, por nada.

«No te pares», le suplicó mentalmente cuando llegaba a la tienda. Katie se echó un poco hacia atrás para que no la viera y prácticamente corrió hacia el mostrador. Había conseguido llegar y ponerse las gafas cuando Dylan empujó la puerta de la floristería.

—Hola, Katie, querida.

—Estoy terminando con un pedido —dijo ella, con su tono más profesional—.

Enseguida estoy con usted.

La sonrisa hacía desaparecer un poco al guerrero, pero la ceja levantada parecía decir: «Ninguna mujer se ha atrevido a hacer esperar a un McKinnon».

—No, no, usted primero, señor McKinnon —dijo sin embargo la señora Johnson.

—Dylan, por favor. ¿Está usted segura? —preguntó él, con su mejor sonrisa.

—Sí, claro, claro.

—Katie, querida...

—Señor McKinnon.

—¿Qué te parece mi nueva cazadora? —le preguntó él entonces, como si no estuviera saltándose la cola, como si la señora Johnson y ella tuvieran todo el tiempo del mundo.

Katie comprobó que la cazadora deportiva marcaba sus pectorales, el estómago plano, los abdominales... y tuvo que tragar saliva. Cuando levantó la mirada, vio en los ojos de Dylan McKinnon que sabía perfectamente lo que estaba pensando. Pero no pensaba decírselo.

—Yo creo que una cazadora debería tener mangas.

—Es para correr. Y para correr hay que tener los brazos libres. Además, si tuviera mangas daría calor. La han diseñado nuestros ingenieros y entrará en producción la semana que viene.

—Tiene capucha —señaló Katie.

—¿Y?

—¿Para no tener frío en la cabeza? —dijo ella, sarcástica—. ¿No es más importante no tener frío en los brazos?

—La razón por la que se ha diseñado sin mangas es el sudor.

—¿El sudor?

—Por dentro lleva un forro que impide la sudoración —le explicó él, bajando la cremallera.

Katie hizo un apresurado gesto con la mano para evitar que se la quitara y Dylan McKinnon levantó una ceja, como si hubiera adivinado que llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre y era más bien dada a los mareos.

—¿Va a decirme qué quería?

—Katie, querida. Necesito que envíes unas flores a...

—Heather —terminó ella la frase.

—Sí, Heather. Gracias.

—¿Qué quiere que ponga en la tarjeta?

—Pues...

Katie hizo un rápido cálculo mental. Aquél era el tercer ramo para Heather...

—¿Algo así como: «Lo siento, se me olvidó»?

Si a él le molestaba ser tan predecible, no lo demostró. Todo lo contrario, asintió con la cabeza como si fuera lo más normal del mundo.

—Perfecto. Ah, y quizá deberías enviar algo a Tara también.

«Ya que a Heather se le está acabando el tiempo», pensó Katie. Tara siempre estaba allí, esperando entre novia y novia. Pobre Tara. Pobre Heather.

Dylan se volvió, saludó con la cabeza a la señora Johnson y salió alegremente de la floristería. La tienda, unos segundos antes llena de color, de repente parecía gris y triste, como si Dylan se hubiera llevado con él todo el color y la alegría del mundo.

—¿De verdad era Dylan McKinnon, de los Toronto Blue Jays? —preguntó la señora Johnson, llevándose una mano al corazón.

Dylan McKinnon no había lanzado una bola en cinco años. De hecho, en opinión de Katie, había tenido la carrera profesional más corta en la historia del béisbol y, por lo tanto, era más famoso de lo que merecía.

—El mismo.

—Vaya, vaya —murmuró la señora Johnson.

Jóvenes, mayores. Daba igual. Dylan McKinnon tenía ese algo que lo hacía irresistible al sexo opuesto.

«Feromonas», pensó Katie. Las emitía con el sudor, como una llamada primitiva que ordenaba a una mujer elegir al más alto, al más fuerte, al más grande. Y cuando ese hombre era, además, tan irresistible como Dylan McKinnon, ninguna mujer tenía posibilidad alguna de escapar.

Pero para una que tuviese cerebro, no había excusa. Aunque a saber lo que habría pasado si se hubiera quitado la cazadora...

«Floja», se regañó a sí misma.

—Bueno, sobre los lirios para Gertrude. ¿Qué clase de lirios...?

—¿Vive por aquí? —La interrumpió la señora Johnson—. Mi nieta es fan suya.

«Si quiere usted a su nieta, aléjela de ese hombre».

—Me parece que no vive por aquí —dijo Katie.

En realidad, las oficinas de su empresa de ropa deportiva estaban a la vuelta de la esquina, pero Katie no vio razón para contárselo. Jamás volvería a encontrar aparcamiento si las mujeres de Hillsboro se enteraban de que Dylan McKinnon trabajaba allí.

—¿Las flores para Gertrude? —insistió.

—Ah, sí.

—Como le gustaban los lirios, ¿qué le parecen lirios del valle? Representan el retorno de la felicidad.

—Ah, qué bonito. Gracias, Katie. Una de las razones por las que siempre compro aquí es porque tú sabes todas esas cosas.

—Será una corona preciosa, no se preocupe —le prometió ella.

Pero luego tendría que hacer el ramo para Heather Richards. Quizá unas rosas amarillas. Una advertencia de la decepción que iba a llevarse... aunque una chica como Heather no entendería el significado de las rosas amarillas.

Como la mayoría de las mujeres en las que Dylan McKinnon estaba interesado, si no eran famosas antes de aparecer de su brazo lo eran luego. Y Heather era una

pequeña celebridad en Hillsboro ya que había sido elegida Miss Biquini.

Y a Tara le enviaría azaleas, que significaban «ten cuidado».

—Dylan parecía conocerte muy bien —insistió la señora Johnson—. Te llamó «Katie, querida».

—Siempre me llama así. Es un buen cliente.

—Me parece encantador que te llame así.

—Bueno, el señor McKinnon ha hecho de su trato con las mujeres un arte —replicó Katie, irónica.

Y ella lo sabía bien porque llevaba enviando ramos de flores a unas y a otras desde que abrió la floristería un año antes.

No quería ser malvada porque Dylan McKinnon siempre había sido encantador con ella. Pero, claro, el encanto era lo suyo. Cada vez que entraba en la tienda le resultaba difícil no creer que era la única chica en el mundo, que a él le importaba, que la encontraba interesante.

Pero, por supuesto, esa era precisamente la razón por la que podía conseguir a cualquier mujer. Además, era su mejor cliente y no sólo le encargaba flores sino que la recomendaba a sus amigas. Casi todas las exnovias de Dylan McKinnon acababan siendo clientes de la floristería.

Pero estaba segura de que la señora Johnson no parecería tan encantada, y tan dispuesta a enviarle a su nieta envuelta en papel de regalo, si supiera la verdad.

A pesar de su apariencia de amabilidad, el verdadero carácter de un hombre se veía en las flores que enviaba.

Las de Heather, por ejemplo. Era la tercera vez que le enviaba un ramo. Ése sería el ramo de pedir perdón. Seguramente se le habría olvidado una cita o la habría dejado plantada en alguna parte.

Si seguía con su patrón de siempre, y no había razón para pensar lo contrario, habría un cuarto ramo. El ramo de «encantado de haberte conocido». Y entonces Heather sería historia, junto con otra docena de mujeres.

Una docena de mujeres en un año. Una por mes. Era una vergüenza.

Y luego estaban las chicas que lo esperaban eternamente, que recibían un ramo ocasional cuando la novia del momento dejaba de interesarle. Tara, Sarah, Janet y Margot. Y otra, alguien para quien Dylan McKinnon compraba flores todos los viernes. Pero las elegía él mismo y se las llevaba con él.

¡Enviar las flores de Dylan McKinnon era como leer su diario íntimo!

Y lo peor de todo era que conocía bien a aquel hombre y, sin embargo, no podía dejar de acercarse al escaparate cada día para verlo correr. Lo peor era que aún se ponía colorada cuando le sonreía, que seguía sintiendo aquel anhelo absurdo cada vez que la miraba.

Dylan McKinnon entró en su oficina mirando el reloj. Una milla en seis minutos

y medio. No estaba mal para un tipo a punto de cumplir los veintisiete años. Nada mal. Su pulso ya había vuelto a la normalidad.

Dylan miró la recepción con expresión satisfecha. La decoración era rica y sensual, con sofás de piel marrón, una alfombra turca, buenos cuadros, luces adecuadas. Había un jarrón con flores de la tienda de Katie, rosas de color melocotón que parecían tener luz interior, sobre el mostrador de recepción. En resumen, una oficina que no estaba nada mal para un hombre que ni siquiera había ido a la universidad.

—¿Podrías llamar a Erin, del departamento de diseño? —Le pidió a la recepcionista—. Dile que estoy pensando que la capucha de la cazadora debería ser desmontable. Y las mangas también. Al fin y al cabo, es una cazadora. Bueno, dile que me llame.

—Sí, ahora mismo.

Margot era una chica preciosa. Y casada, afortunadamente. Dylan no salía con mujeres casadas o que trabajasen para él y eso demostraba que era un hombre de principios; algo que sorprendería mucho a Katie, la chica de la floristería.

Entonces sacudió la cabeza. ¿Qué le importaba a él que Katie lo mirase con desaprobación cada vez que entraba en su tienda? Era entretenido sacarla de quicio, se dijo a sí mismo. Incluso había pensado alguna vez pedirle que saliera con él. Sabía que no salía con nadie y había algo en ella que le intrigaba, pero era mucho más complicada que las chicas con las que solía salir.

La recepcionista le entregó un montón de notas con llamadas.

—Una de tu padre y otra de tu hermana.

—¿Y todas estas?

—Son de la señorita Richards.

—Ah —murmuró Dylan. No le apetecía hablar con su padre aquel día. Y quizá tampoco al día siguiente. En cuanto a Heather, sí, la había dejado plantada la noche anterior. Quería que fuera con ella a un desfile de moda y él no iba a desfiles de moda. Le había dado a entender que *podría* ir porque no le gustaban las discusiones, pero no había prometido acompañarla. Aparentemente, había pospuesto lo inevitable.

Heather empezaba a producirle dolor de cabeza. ¿Por qué las chicas como Heather siempre actuaban como... en fin, como Heather?

De manera posesiva, exigente, predecible.

Predecible.

Eso era él para Katie. Y no sabía si sentirse molesto o divertido porque lo conociera tan bien.

Pero aun así, ¿cómo había sabido qué debía poner en la tarjeta?

La brujilla era adivina. Y muy lista. Y transparente. Había estado a punto de desmayarse cuando se desabrochó la cazadora. Era de una ingenuidad que le resultaba muy intrigante. Una vez le había contado, con desgana y a la fuerza, que estaba divorciada. Curioso para una chica que parecía tener escrito en la cara las

palabras «para siempre».

El hecho de que él fuera predecible para alguien como Katie Pritchard le resultaba turbador.

Y para no seguir pensando en ello decidió llamar a Tara.

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

Podía oír a su sobrino de catorce meses, Jake, berreando al fondo.

—Llama a papá de una vez. ¿Se puede saber qué te pasa?

Su hermana era siete años mayor que él y Dylan había aceptado tiempo atrás que nunca iba a mirarlo como un gran atleta o como uno de los empresarios de más éxito en Hillsboro. Para ella, sólo era su hermano pequeño, al que había que gritar y echar la bronca constantemente.

—Y, por favor, ¿quién es esa mujer con la que te hacen fotografías? ¿Miss Lucha Libre en el Barro?

—¡No es Miss Lucha Libre en el Barro! —protestó él. Sólo su hermana podría mirar a una chica como Heather por encima del hombro. Los chicos del pub Doofus's, del que Dylan era copropietario, pensaban que estaba buenísima.

—Dylan, llama a papá ahora mismo. Y búscate una chica decente... aunque no creo que ninguna chica decente quisiera salir contigo.

—¿Cómo que no?

—Te lo digo en serio, ya eres muy mayor para pensar con... las hormonas, y demasiado joven para tener la crisis de los cuarenta. Mamá está enferma. No se va a poner mejor y tú no vas a cambiar eso montando en moto o saliendo con todas las rubias tontas de Hillsboro.

—No estoy intentando cambiar nada —replicó él, indignado.

—Ya.

—¿Y a qué llamas tú «decente», además?

—A una chica normal, sencilla, educada, lista... para variar. Tengo que colgar. Jake acaba de comerse una violeta africana. ¿Tú crees que son venenosas?

«Seguro que nada comparadas con tu lengua».

—Adiós, Tara.

—Dylan, te lo digo en serio, ya no te conozco. Pero sólo alguien que te quiere tanto como yo te dirá la verdad.

—Gracias —replicó él, irónico.

Pero después de colgar reconoció que su hermana tenía razón. Demasiada gente lo miraba con admiración... aunque su hermana no era precisamente una de esas personas.

Y tampoco lo era Katie Pritchard, la única mujer en Hillsboro que podría ser lo que su hermana llamaba «una chica decente».

Le había comprado una tonelada de flores, incluso después de que alguien le dijera que Katie solía enviar mensajes secretos con ellas. Pero, por el momento, ninguna de las chicas le había comentado nada.

Y a pesar de los mensajes secretos, le gustaba entrar en su floristería. Era como un oasis en medio de la ciudad. Perversamente, le gustaba que, aunque Katie apenas podía disimular que no aprobaba su comportamiento, siempre parecía a punto de desmayarse cuando amenazaba con hacer algo tan normal como quitarse la cazadora.

Le gustaba tomarle el pelo. Le gustaban esas pequeñas disputas con ella, aunque nunca hubieran tenido una pelea de verdad. Durante el último año las mujeres lo habían encontrado irresistible, pero no tanto como creía Katie. Iba a su tienda muchas veces cuando estaba aburrido y enviaba flores a su hermana, a la directora del departamento de Relaciones Públicas de su empresa, Sarah, que tenía sesenta años, a sor Janet, la monja que dirigía la catequesis...

A veces encargaba flores sólo para ver cómo Katie arrugaba los labios en un gesto de desaprobación cuando le decía: «En la tarjeta debe decir: De Dylan, con cariño».

Incluso las flores que había en recepción en aquel momento habían llegado con esa tarjeta, dirigidas a Margot, pero Dylan había quitado la tarjeta antes de que la viese la secretaria.

Y, por supuesto, una vez por semana, los viernes, entraba en la cámara frigorífica y Katie le dejaba elegir las flores que más le gustaban. Ése era un ramo que Dylan se llevaba con él. Katie nunca lo admitiría, pero Dylan sabía que nadie más entraba en esa cámara frigorífica. Él nunca le decía para quién eran esas flores y ella no preguntaba, pero seguramente pensaría lo peor.

Katie Pritchard lo encontraba predecible. Katie, que tenía aspecto de bibliotecaria.

Cada vez que lo veía se ponía las gafas. ¡Y esos vestidos! Que vendiera flores no significaba que tuviera que usar siempre vestiditos de flores, ¿no? Y con cuellos de encaje, además.

Katie tenía curvas bajo esos vestidos, estaba seguro, pero por alguna razón quería parecer menos atractiva de lo que era. Llevaba zapatos planos, como si le diera vergüenza su altura, lo cual le parecía asombroso. ¿No sabía que las modelos eran altísimas y delgadas, como ella? Bueno, la mayoría de las modelos no tenían pecho, pero ella sí. Y los suyos parecían de verdad.

Todo en Katie Pritchard se reducía a una palabra: «decente».

Dylan sonrió, diabólico, preguntándose qué pensaría la florista si supiera que había estudiado sus pechos y había decretado que eran reales.

Seguramente le tiraría un jarrón a la cabeza.

Y la idea de que Katie, la chica tranquila y compuesta perdiera los nervios... Dylan sintió un escalofrío. ¿Un reto? A él siempre le habían gustado los retos.

Su hermana había dicho que una chica decente nunca saldría con él. Era mejor concentrarse en eso que en otras cosas que había dicho Tara. O llamar a su padre. Además, si una chica decente salía con él demostraría que Tara se había equivocado sobre algo. Por primera vez.

¿Por qué no Katie? Siempre lo había intrigado, aunque no era una belleza. Era mona y le gustaba su pelo: de color castaño claro, brillante, con mechones escapando

de su coleta. Aunque debería sonreír más a menudo y ponerse un poquito de maquillaje para destacar esos asombrosos ojos pardos. Pero no, ella prefería disimular que era guapa.

Sí, desde luego era lo que su hermana llamaría «una chica decente». Educada y sencilla también. ¿Y lista? Estaba seguro de que sabía el nombre del alcalde de Hillsboro y quién era el primer ministro de Canadá. Desde luego, sabía cómo llevar una tienda y, sin la menor duda, sabía el título de al menos tres novelas de Steinbeck.

Y seguro que no sabía nada sobre hockey o béisbol.

A Dylan le gustaba que se pusiera nerviosa cuando él entraba en la tienda y que intentase disimularlo. Y estaba seguro de que lo observaba correr cada día.

De modo que Katie lo creía predecible... de modo que, según Tara, una chica decente no saldría con él...

Si había algo que a Dylan McKinnon le gustase era ser impredecible. Hacer cosas inesperadas, tomar a la gente por sorpresa. Eso era lo que lo había convertido en un gran atleta y en un gran empresario.

Entonces sonó su teléfono. Era Margot.

—Heather quiere hablar con usted.

—Dile que no estoy.

Hablaría con Heather cuando hubiera recibido el ramo de flores. Eso la calmaría lo suficiente como para que fuese razonable. Había un partido de hockey en televisión la noche anterior y nadie en su sano juicio esperaría que un hombre fuera a un desfile de modas en lugar de ver un partido de hockey. ¡Estaban casi al final de la temporada!

Heather le había prometido que habría modelos en ropa interior, pero la verdad era que le daba igual. Estaba empezando a cansarse del asunto.

En realidad, le daba igual no volver a ver a una mujer en ropa interior o con una camiseta que mostrase el ombligo. Le daba igual si no volvía a ver un piercing, una larga caballera rubia o un par de sospechosamente inflados pechos.

Sentía como si debieran gustarle todas esas cosas porque era un hombre de éxito, pero su hermana tenía razón. No iba a poder escapar de nada. Él quería... no, anhelaba, algo diferente. Quería ser sorprendido en lugar de ser el que sorprendía.

Entonces volvió a pensar en ella, en Katie, y en aquellos enormes ojos pardos, inteligentes, cansados, tras los cristales de las gafas.

Por impulso, buscó en su agenda y levantó el teléfono.

—Flower Girl.

—Hola, Katie, querida, soy Dylan.

Silencio.

—¿Sí? —contestó por fin.

—¿Te importaría...? —empezó a decir Dylan. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba a punto de pedirle que cenase con él? ¿Katie, la florista?

—¿Sí?

—¿Te importaría nombrar tres novelas de Steinbeck? Estoy haciendo un cuestionario y podría ganar un premio. Un año de café gratis —Dylan mentía con gran habilidad, otro talento que Katie desaprobaría.

—¿No sabe usted los nombres de tres novelas de Steinbeck?

—En fin, ya sabes, los deportista no somos muy listos...

—Ah, ya —murmuró ella. Como si no estuviera de acuerdo, como si hubiera olvidado por completo que era un empresario de éxito—. ¿Cuáles quiere, las más conocidas, las primeras, las últimas?

—Cualquiera.

—Al este del edén, Las uvas de la ira, De ratones y hombres —*recitó Katie*—. Aunque mi favorita es una historia corta que se llama Los crisantemos.

—Ah, claro. Sobre flores, supongo.

—Sobre un matrimonio infeliz.

—¿Hay otro tipo de matrimonio? —bromeó Dylan.

En realidad, no creía eso. Sus padres había sido siempre muy felices hasta que, inesperadamente, llegó lo de «la enfermedad» de «en la salud y en la enfermedad» y su padre se había convertido en un hombre al que Dylan ya no conocía.

Katie se había quedado callada y Dylan recordó entonces que estaba divorciada y la broma no debía de haberle hecho mucha gracia. Otro recordatorio de por qué no debería cenar con ella. Katie era una chica sensible y dulce y él... en fin, no lo era.

Pero entonces ella dijo, con admirable valentía dado que su matrimonio había sido un fracaso:

—Yo espero que sí.

Oh. Esperaba que sí. Pero si esperaba eso, debería intentar atraer a los hombres y no repelerlos, pensó Dylan.

—No por mí personalmente —añadió—. Pero tengo la esperanza de que haya matrimonios felices en alguna parte.

Él emitió una especie de bufido. La palabra «esperanza» usada en una conversación referida al matrimonio debería ser más que suficiente para asustar a un solterón empedernido como él, pero Dylan siempre había tenido problemas con el «control de riesgos» cuando se trataba de un reto.

Al contrario, el miedo lo impulsaba hacia delante. Y era por eso por lo que había esquiado en las montañas de Whistler Black-Comb, las más peligrosas de Ontario, por lo que se había tirado en paracaídas, por lo que había hecho *puenting*. Y pensaba apuntarse a un viaje espacial en el Shuttle en cuanto su empresa facturase quinientos millones de dólares. Dylan McKinnon se enorgullecía de no tenerle miedo a nada. Por algo se había ganado el apelativo de Temerario.

Se arriesgaba. Por eso había llegado donde había llegado.

Aunque también ésa era la razón por la que su carrera en el béisbol había terminado casi antes de empezar, le dijo la voz de la razón.

Pero Dylan no quería oír la voz de la razón en ese momento.

—¿Te gustaría salir a cenar conmigo alguna noche?

Silencio.

—¿Katie? ¿Estás ahí?

—Aún no le ha enviado el cuarto ramo de flores a Heather.

—¿Cómo?

—El cuarto ramo. El ramo de «encantado de haberte conocido, pero ya me he aburrido de ti».

Dylan tragó saliva. ¿Cómo podía conocerlo tan bien?

—Muy bien, envíalo. En lugar del ramo de «lo siento».

—Ya he enviado ese ramo.

«Qué eficiente».

—Muy bien, pues entonces mándale el otro también.

—¿Quiere que la tarjeta diga: «Ha sido un placer conocerte. Te deseo lo mejor»?

Sí, se había vuelto muy predecible.

—Sí, claro. Me parece bien.

—¿Alguna cosa más?

—Dímelo tú. ¿Estoy disponible ahora que vas a enviar el cuarto ramo?

—Supongo que sí —contestó Katie.

—Genial. ¿Cuándo quieres que vayamos a cenar?

—Nunca.

Dylan miró el teléfono, atónito. Pero sabía que sólo había una razón por la que la sencilla y decente Katie le decía que no.

—Sales con alguien, ¿verdad?

—En realidad, ahora mismo estaba atendido a un cliente. Si me perdona...

Y colgó. Katie Pritchard le colgó.

Dylan colgó también, estupefacto. Y luego empezó a reírse. «Cuidado con lo que deseas», pensó. Había deseado darle una sorpresa y la sorpresa se la había llevado él. Katie, la florista, acababa de rechazarlo. Debería estar furioso.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, se sentía emocionado. Tenía que convencerla para que dijera que sí.

«¿Y luego qué?», se preguntó a sí mismo. Una curiosa pregunta para un hombre que se enorgullecía de no hacerse preguntas sobre el futuro en lo que se refería al sexo opuesto.

A pesar de estar divorciada, Katie era la clase de chica que no saldría con un hombre sin una carabina, un contrato por escrito o un libro de reglas. La chica perfecta para llevar a cenar en casa de su hermana. Y después de eso, nada.

Entonces, ¿por qué se preguntaba cómo sería besarla?

—Chaval —se dijo a sí mismo. ¿A qué estás jugando?

Por alguna razón, y aunque Katie hacía lo imposible para parecer la chica menos atractiva de Hillsboro, podía imaginar sus labios de forma precisa. Eran más bien gruesos, suaves. E incluso sin carmín o brillo, prácticamente suplicaban que un

hombre los besase.

Luego intentó recordar los labios de Heather... y sólo podía recordar un carmín rojo y pringoso.

—Jugar con Katie es como jugar con una santa —se advirtió a sí mismo. Pero lo intrigaba y quería cenar con ella. Quería demostrarle a su hermana que estaba completamente equivocada.

¿Cómo iba a convencer a Katie?, se preguntó. No sería tan difícil. Tendría que echar mano de su encanto, se dijo, y la resistencia de Katie se desmoronaría como una vieja mina de carbón.

Se desmoronaría como una vieja mina de carbón.

«Para que aprendas, Steinbeck».

Capítulo 2

—¡Nunca! —repitió Katie, colgando el teléfono de golpe.

¿Qué demonios significa aquello? ¿Por qué quería Dylan McKinnon salir a cenar con ella?

Si era completamente sincera, había imaginado aquel momento muchas veces... en realidad, desde que abrió la floristería. Pero como casi todas las fantasías, cuando se hacían realidad colisionaban con la ficción de manera estruendosa. Y salir a cenar con Dylan McKinnon lo estropearía todo.

Porque él sólo salía con chicas de forma temporal.

Y luego todo habría terminado. Dylan dejaría de ir a la tienda a comprar flores, dejaría de tomarle el pelo, dejaría de recordarle lo superficiales que eran los hombres. Dylan, sin saberlo, la había ayudado a olvidar su fracasado matrimonio.

Habían pasado dos años desde que Marcus y ella se separaron. Durante el último año, la floristería le había dado un propósito en la vida y, le gustase o no, Dylan había sido parte de eso.

Se le ocurrió entonces que si mirar a Dylan por el escaparate y estar esperando que entrase en la tienda se había convertido en lo más importante de su vida, realmente era patética.

Como para remachar ese pensamiento, Katie vio su imagen reflejada en el espejo. Sin maquillaje, el pelo sujeto en una coleta y con ese vestido estaba horrible y lo sabía. Pero cuando abrió la tienda se convenció a sí misma de que debía interpretar un personaje. Y había elegido esos anticuados vestidos de flores para mostrarse como la perfecta florista: natural, sencilla, humilde.

Pero debajo de todo eso había otro motivo: el miedo. No quería ser atractiva. Quería protegerse de los hombres, del deseo de conocer a un hombre.

Porque eso significaba precisamente salir a cenar, participar en el baile de la vida. Significaba abrir el corazón, hacerse ilusiones.

«Tengo esperanza», le había dicho tontamente a Dylan.

Pero la verdad era que lo último que deseaba era tener esperanza. Desde la ruptura del matrimonio de sus padres cuando tenía nueve años había soñado con una casita, con una familia propia. Había soñado con tener hijos...

Katie cerró la puerta a esos pensamientos. Dylan le había preguntado si quería salir a cenar con él y una parte renegada de ella se hacía ilusiones. Y se felicitó a sí misma por tener fuerzas para decir que no.

Por muy engreído que fuera, Dylan McKinnon tenía que entender la palabra «nunca».

Katie suspiró. Dylan era una fuerza destructora del universo femenino. Específicamente, *su* parte del universo.

Entonces miró el reloj. Era hora de cerrar. Y esa noche pensaba ir al cine. Iría a ver un thriller político, algo que no tuviera nada que ver con romances, ni amores, ni

familias.

Pero cuando salía de la floristería, Dylan salía de su oficina. Y a pesar de sus esfuerzos por cerrar a toda prisa, fingir que no lo había visto y salir corriendo, le temblaron las manos al notar que él la estaba mirando.

—Espera —murmuró Dylan, quitándole las llaves de la mano y cerrando con toda facilidad—. Me parece que vamos a rediseñar la cazadora.

A Katie le molestó el encuentro después de haberle dicho que «nunca» iría a cenar con él y mucho más que la hubiera visto tan nerviosa. Pero, afortunadamente, Dylan parecía haber olvidado la invitación. Eso era todo lo que ella le importaba.

—Vamos a hacer la capucha desmontable y las mangas también.

Estaba demasiado cerca y a Katie le gustaba la protección del mostrador. Y tuvo que hacer un esfuerzo para entender de qué estaba hablando. Pero a ella le daba igual la cazadora. Lo que quería era escapar. Desesperadamente. ¿Cómo se atrevía a ser tan guapo? ¿Cómo se atrevía a hacerla sentir tan poco atractiva? ¿Cómo se atrevía ella a pensar todas esas tonterías?

—A mí no me gusta la ropa con cremalleras.

—¿Por qué no?

—Porque son incómodas, molestas y difíciles de usar.

—Porque tú no eres particularmente habilidosa.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas cuando tiraste el jarrón de rosas? Resbalaste en el hielo y yo tuve que echarte una mano. ¿Y la vez que tropezaste con la alfombra y saliste volando?

Se le formaban arruguitas alrededor de los ojos cuando sonreía. Se estaba haciendo mayor, como todo el mundo. Pero era el único hombre en el planeta, además de Richard Gere, que podía hacer que las arrugas alrededor de los ojos resultasen atractivas.

—Gracias por recordarme todo eso —dijo Katie, irritada. Claro que, afortunadamente, Dylan no sabía que había sido culpa suya que le hubieran pasado todas esas cosas.

—No te ofendas, pero no eres precisamente la persona para la que diseñamos esas cazadoras.

—Una pena. Porque yo soy una persona normal y la gente que compra ropa deportiva es gente normal.

—¿Gente normal?

—Gente que sale a correr un rato o a sacar al perro. Quieren parecer atléticos, pero eso no significa que lo sean. No se están preparando para los Juegos Olímpicos ni son deportistas profesionales. Si empieza a llover de repente, ¿dónde están la capucha y las mangas desmontables? ¿Haciendo bulto en los bolsillos? ¿O en casa? En tres meses, se habrá perdido una manga y probablemente la capucha.

Dylan suspiró.

—Creo que te necesitamos en el equipo de diseño. ¿Quieres un puesto de trabajo?

—No.

—Muy bien. ¿Quieres que tomemos una hamburguesa?

Katie lo fulminó con la mirada. Aquel hombre tenía el espíritu tenaz de un tiburón.

—Ya le he dicho que no quiero cenar con usted.

—Tomar una hamburguesa no es exactamente cenar —replicó Dylan—. Es... un estudio de mercado. La chica más lista que conozco va a ayudarme con el diseño de una cazadora deportiva.

—¡Yo no soy la chica más lista que conoce!

Horror, relegada al puesto de «chica lista». Eso era casi como ser «la amiga, pero nunca la novia».

—Sí lo eres.

—Pues entonces es que no conoce a muchas chicas.

—Los dos sabemos que eso es mentira —sonrió Dylan.

—Sí, bueno, no conoce a muchas chicas que hayan ido alguna vez a la biblioteca en lugar de al pub Doofus's.

—No tienes que decir el nombre como si fuera una palabrota. Soy copropietario de ese pub.

Lo cual explicaba por qué el pub tenía tanto éxito. Aquel hombre tenía el toque del rey Midas. Aunque Katie no quería pensar en su «toque» ni un segundo más. Tenía que ser fuerte.

Y no era fácil teniéndolo tan cerca.

—¿Tú sueles ir a la biblioteca?

¿Cómo podía Dylan McKinnon hacer que eso sonara como si estuviera preguntándole por el color de su ropa interior?

—La biblioteca de Hillsboro es preciosa. ¿Ha ido alguna vez?

—¿Y tú has ido alguna vez al pub Doofus's?

—Mire, está empezando a llover y yo no llevo la capucha desmontable. Tengo que irme, *Dylan* —dijo Katie, tuteándolo por primera vez—. Nos vemos en la biblioteca algún día de éstos.

Pero él la sujetó por la manga del vestido. Fue un roce casual, pero increíblemente masculino. Seguramente Dylan McKinnon tocaba a la gente, sobre todo a las chicas, todo el tiempo, pero a Katie se le puso el corazón en la garganta.

—Cuéntame algo sobre ti. Una cosa. Lo que quieras.

—Acabo de hacerlo, me gusta ir a la biblioteca.

Era lógico que saliera con una mujer al mes, pensó Katie. Porque la miraba a los ojos como si de verdad quisiera saber algo de ella, como si de verdad estuviera interesado. Pero sabía que sólo era una forma de ligar y se odió a sí misma por sentirse halagada.

—Otra cosa.

—Vivo con tres machos —dijo Katie. No había ninguna razón para explicar que

eran gatos.

—Seguro que son gatos —rió Dylan.

Lo que había que recordar con Dylan McKinnon era que bajo ese encanto exterior era un hombre inteligente.

—Estoy divorciada —le recordó.

—Nunca lo habría imaginado.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Porque pareces una chica decente.

—¿Y las mujeres divorciadas no son decentes? —exclamó Katie, indignada.

—Perdona, no quería decir eso. Lo que quería decir es que pareces la clase de persona que se casa una sola vez, para siempre. Pero supongo que fue culpa de tu marido.

Katie no pensaba mantener esa conversación con Dylan McKinnon en medio de la calle.

—¿Tiene que ser culpa de alguien? —le preguntó. Después de todo, ¿quién podía saber cómo va a reaccionar la gente ante una tragedia? Había perdido el hijo que ambos esperaban ansiosamente y todo había ido cuesta abajo desde entonces.

A veces, cuando no podía dormir, se atormentaba a sí misma preguntándose si su matrimonio no habría estado roto antes de eso; si esperaba que ese hijo los uniera o si quería que el niño fuera un consuelo ante un marido distante y una vida que no era lo que ella había soñado.

—Ven a tomar una hamburguesa conmigo a Doofus's —dijo Dylan entonces—. Hacen unas hamburguesas estupendas.

—Soy vegetariana.

—¿En serio? —preguntó él, incrédulo.

—Si yo voy al pub, ¿tú irás conmigo a la biblioteca después?

Quizá la mejor defensa sería el ataque, pensó. Pero cuando lo miró a los ojos su corazón se puso a latir como si estuviera en peligro de muerte.

—Muy bien, iré a la biblioteca. Me gusta hacer cosas diferentes.

Ya, claro. Nunca iría a la biblioteca. Decía que sí, pero luego le mandaría un ramo de flores para pedirle disculpas.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Katie.

—Porque quiero un cambio en mi vida.

Y ella estuvo segura de que era sincero.

Pero que quisiera cenar con ella porque estaba cansado de las tontas rubias con las que salía era insultante.

—Y estás buscando un nuevo juguete.

Dylan la miró, pensativo.

—Seguro que tu marido no te merecía. Desde luego, no merecía la tristeza que he visto en tus ojos cuando hablabas de tu divorcio.

El comentario fue tan inesperado, su voz tan seria... era un lado de Dylan que

Katie no había visto nunca.

Dylan McKinnon era peligroso cuando se hacía pasar por un niño mimado. Pero cuando se ponía serio, cuando la miraba con esa expresión madura... resultaba letal.

—Tengo que irme.

—Espera, Katie... Perdona, no quería hacerte daño.

—¿Quieres dejarme en paz? Los hombres como tú siempre hacen daño a las mujeres como yo.

—No todos los hombres son como tu exmarido.

—¿Y cómo lo sabes? No lo conoces.

«Ni me conoces a mí».

La verdad era que daba igual que Dylan no fuera como Marcus. Era ella misma en quien no confiaba. No confiaba en tomar decisiones sentimentales con sentido común y, desde luego, no confiaba en poder sobrevivir a otro fracaso.

Pero era cierto que Dylan no tenía nada que ver con Marcus. Dylan tenía muchos defectos, pero no intentaba esconderlos. Todo lo contrario, parecía celebrarlos. No parecía tener secretos... además de aquel ramo que elegía él mismo cada semana sin decirle para quién era.

Y llevaba un año siendo su cliente más leal. Siempre era amable y simpático con ella... la había ayudado a recoger los cristales aquel día que rompió un jarrón en plena calle. Tenía el don de hacerla sentir extrañamente guapa o al menos interesante... incluso en los peores días. Estaba demasiado seguro de sí mismo, sí, pero nunca se mostraba arrogante.

—Vamos a tomar esa hamburguesa —insistió Dylan entonces—. Y prometo hacerte reír.

—¿Cómo puedes prometer eso? —preguntó Katie.

Aunque deseaba reírse. Deseaba sentirse contenta, alegre. Olvidar que su matrimonio había fracasado, que había perdido a su hijo. En sus ojos le parecía ver algo de sí misma que había perdido, una mujer que reía siempre. Anhelaba, de repente, ser esa mujer de nuevo, aunque sólo fuera durante un rato.

—Muy bien, una hamburguesa —dijo por fin—. Para que veas que no estoy a punto de convertirme en una anciana excéntrica. Y quizá te daré un par de ideas para una cazadora con mangas que no se pierdan. Y luego se acabó. ¿De acuerdo?

Él asintió con patente insinceridad.

Katie miró su reloj. Podía ir a comprarse algo de ropa antes de quedar con él. Si la había invitado por compasión no habría nada como un par de vaqueros nuevos y una camisola para convencerlo, y a sí misma, de que no la necesitaba.

—Nos vemos en una hora en Doofus's.

—Perfecto —dijo él, con una sonrisa que habría convencido a un millón de mujeres antes que ella de que eran lo único importante para Dylan McKinnon.

Sólo una vez a salvo en su coche, alejada de aquellos ojos hipnóticos, se permitió a sí misma pensar en la terrible verdad que Dylan no conocía... o quizá sí.

Estaba loquita por él. Por eso lo miraba correr todo los días. ¡Y con qué facilidad había logrado convencerla para que cenase con él! Había jurado no salir nunca con Dylan McKinnon y ahora...

—No puedo hacer esto.

¿Y si empezaba a gustarle de verdad? ¿Y si se enamoraba de él y Dylan de ella? ¿Y si volvía a hacerse ilusiones?

¿Y si volvía a fracasar otra vez?

—No podría sobrevivir a otro fracaso —murmuró para sí misma. Era mucho más seguro estar loquita a distancia. Mucho más seguro no salir con un hombre que le dijera en voz baja: «Seguro que tu marido no te merecía».

No. Ése había sido el problema con Marcus Pritchard y con Dylan McKinnon; que ella no sabía juzgar a los hombres.

Algunas personas tenían instinto para eso, ella no. La chica que todo el mundo pensaba estaría casada para siempre ahora era una mujer divorciada. Escuchar a su corazón la primera vez la había llevado al fracaso.

Pero... ¿había escuchado a su corazón cuando se casó con Marcus o era una necesidad desesperada de creer en la familia después de que la suya se hubiera roto?

¿Quería impresionar a Dylan con unos vaqueros nuevos y una camisola que mostrase algo de escote? ¡Pero si tenía que hacer justo lo contrario! De modo que, en lugar de ir a una boutique, se fue a casa. Con sus tres gatos, *Motley*, *Crew* y *Bartholomew*, que la recibieron en la puerta con entusiasmo.

Aunque aún era temprano, Katie abrió el armario y sacó un pijama de franela. Luego descongeló una pizza en el microondas y, por fin, buscó el número de Doofus's.

—¿Puedo hablar con Dylan McKinnon?

—¿De parte de quién?

La pregunta lo decía todo. El camarero debía de estar harto de mujeres que llamaban preguntando por él.

—Mire, había quedado con él allí. Pero no voy a poder ir.

—¿Vas a dejar plantado a Dylan McKinnon? ¿Quién eres, Leticia Manning?

El nombre de la guapísima actriz canadiense le recordó la clase de mujer con la que Dylan solía salir. Ella no era más que una chica normal y corriente y él era un playboy.

—No se preocupe. Él sabe quién soy —dijo Katie, antes de colgar. Luego le dio un mordisco a la pizza, pero le supo a cartón.

¿Qué había de malo en ser una mujer que vivía con tres gatos?, se preguntó, ofreciéndole la pizza a *Bartholomew*. Al día siguiente le enviaría a Dylan un ramo de flores para disculparse. Después de todo, eso era lo que él hacía todo el tiempo.

Dylan tomó un sorbo de cerveza y miró hacia la puerta del pub. La satisfacción

que había sentido desde que Katie aceptó cenar con él empezaba a disiparse. ¿Iba a aparecer o no? Estaba lloviendo y las calles estarían mojadas. ¿Su falta de coordinación se extendería a su manera de conducir? ¿Habría tenido un accidente?

—¡Jefe! —Lo llamó Cy—. Tu amiga no va a venir. Acaba de llamar.

Rafe Miller levantó la mirada de la mesa de billar.

—¡Te han dejado plantado!

A Dylan le gustaba ir a Doofus's porque siempre estaba lleno de gente a la que conocía. Nadie allí se mostraba en absoluto impresionado por su celebridad pero en aquel momento, por primera vez, eso le molestaba. La gente que te conoce bien no te respeta y no sabe cuándo cerrar la boca.

—¿Habías quedado con Leticia Manning? —Le preguntó Cy—. Porque hablaba con ese mismo tono arrogante.

De modo que no había ninguna duda de que había sido Katie quien llamó por teléfono.

—¿Quieres que cancele la hamburguesa? —preguntó Cy.

—No, no —murmuró Dylan. Si lo hacía parecería que le importaba. Aunque le había importado un poco cuando vio un brillo de dolor en sus ojos al hablar del divorcio. Y de verdad había querido hacerla reír. No sólo demostrarle a su hermana, y a sí mismo, que podía salir con una chica decente.

Pero existía la posibilidad de que Katie hubiera querido darle una lección. Llevaba demasiado tiempo enviando flores en su nombre y sabía que, a veces, dejaba plantada a las chicas. Quizá Katie había querido que supiera cómo fastidiaba eso.

Y fastidiaba de verdad.

Y tenía que ser Katie Pritchard quien le hubiera enseñado eso, pensó, irónico. Pero dudaba que Katie hubiera querido darle una lección. No, sencillamente tenía miedo. El matrimonio, o más bien el fracaso de su matrimonio, la había dejado asustada.

Entonces pensó en sus padres. Quizá el matrimonio asustaba a todo el mundo, con el tiempo. Y por eso durante el último año Dylan no había querido ir en serio con nadie. No había querido comprometerse, no había querido que le importase nadie.

Y seguro que la habría hecho reír. Podía demostrarle a Katie que uno podía reírse y pasarlo bien sin arriesgar nada.

Pero si quería conocer un poco mejor a Katie iba a tener que hacer algo más que invitarla a tomar una hamburguesa. Tendría que pensar un poco en ella, no sólo en sí mismo. Tendría que ser mejor persona.

Allí, en Doofus's, con el olor a cerveza y el ruido de la bolas de billar, Dylan McKinnon tuvo una iluminación.

Aquello era lo que su hermana había intentado decirle: que él podía ser más. Que no esperaba suficiente de sí mismo. Que para conseguir que una chica decente cenase con él tendría que ser un hombre decente, alguien capaz de poner los intereses de otra persona por delante de los suyos.

Su hermana había visto la dolorosa verdad: Dylan McKinnon era conocido como un hombre temerario, pero en cuanto a preocuparse por otras personas... no era temerario en absoluto.

No era el hombre que su madre habría querido que fuera.

De modo que estaba bien que Katie lo hubiera dejado plantado. Porque él no quería ser mejor persona. Le gustaba ser tal como era. Si Katie necesitaba que un hombre borrara esa tristeza de sus ojos, él no era el hombre indicado para hacerlo.

—Cy, invita a todo el mundo a una copa.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó el camarero con expresión suspicaz.

—La libertad —contestó Dylan.

Ese anuncio fue seguido de silbidos y aplausos.

Pero aunque Dylan intentó divertirse, una palabra seguía repitiéndose en su cabeza:

«Miedo».

Sí, tenía miedo, pero no pensaba darse por vencido tan fácilmente. Aunque tuviera que convertirse en una persona mejor. O intentarlo, al menos.

* * *

El ramo de flores que encontró en su despacho a la mañana siguiente lo convenció aún más.

Lo siento, no pude ir anoche.

Un saludo,

Katie

Bueno, al menos le había enseñado algo durante aquel año.

Dylan se dejó caer sobre el sillón, pensativo. Evidentemente, una hamburguesa en un pub no resultaba muy emocionante para Katie Pritchard. ¿Qué le parecería emocionante?

Dylan siempre había contado con su propio encanto para conseguir de las mujeres todo lo que quería, pero eso no funcionaba con Katie. Necesitaba un plan B.

¿Qué sería irresistible para ella? Desde luego, era horrible pensar que para Katie él no lo era.

Dylan McKinnon se había acostumbrado a ser irresistible para las mujeres.

Lo supiera o no, Katie había lanzado el guante.

Y Dylan decidió ayudarla a vivir otra vez, quisiera ella o no. Y demostrarle a su hermana que era un hombre decente. O quizá demostrárselo a sí mismo.

Por la tarde tenía dos entradas para el evento más esperado de la temporada en Canadá: la final de liga de hockey sobre hielo.

Dylan entró en la floristería. Katie levantó la mirada y volvió a bajarla a toda prisa.

—Siento no haber podido ir. Es que...

—¿Qué?

—Recuperé la cordura.

Dylan se recordó a sí mismo cuál era su objetivo. Salir con ella un par de veces para hacerla sentir atractiva, segura de sí misma, feliz. Para que volviera a ser lo que seguramente había sido una vez.

Quizá nunca habría sido una gran belleza, pero sí guapa. Además, se movía con la confianza de una mujer a la que no le importaban las modas o lo que pensarán los demás.

Y él sería su caballero andante. Le demostraría que había vida después del divorcio.

Dylan se dio cuenta de que parecía haberse esforzado por estar menos atractiva que nunca aquel día. El vestido era anchísimo y llevaba la coleta torcida. Ni una gota de maquillaje, aunque cuando miró sus labios se dio cuenta de que no lo necesitaba.

—Gracias por las flores.

—Se supone que era una broma.

—Ja, ja.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —suspiró Katie. Heather es historia desde hace doce horas. ¿Alguien nuevo en el radar?

Si le decía que ella estaba en su radar, Katie saldría corriendo y no la pillaría hasta llegar a Alaska. Y entonces probablemente se lanzaría al mar de Bering y empezaría a nadar. Era una experiencia rara para él enfrentarse a esa reacción por parte de una mujer.

—Pues no, no. Voy a tomarme un descanso.

—Ya —murmuró ella, incrédula.

—No, en serio. Y mientras me tomo un descanso, he pensado que tú y yo podríamos salir juntos alguna vez. Por ejemplo, podríamos ir a ver la final de hockey en Toronto la semana que viene.

Conseguir entradas para ese partido era como que te tocara la lotería y Dylan esperó que su rostro se iluminara. Quizá incluso saldría del mostrador para darle un abrazo.

Le sorprendía mucho saber cuánto le gustaría que ella lo abrazara.

Pero en lugar de eso, Katie se clavó una espina en el dedo y lo miró, distraída.

—¿Qué? —preguntó, metiéndose el dedo en la boca. De verdad, no tenía que pintarse los labios. Incluso verla chupándose el dedo le resultaba erótico.

Pero eso no podía ser. Con aquel vestido horrible... él acababa de dejar a Miss Biquini y, sin embargo, jamás se había sentido tan excitado.

Pero, imposible o no, no podía negar que ésa era su reacción.

—¿No tienes una tirita?

—Es sólo un pinchazo. Me pasa todos los días. ¿De qué partido hablabas?

—De la final de hockey sobre hielo —suspiró Dylan—. La pasión de este país, nuestra razón de ser durante los largos meses de invierno. ¿Sabes lo que es el

hockey?

—Pues claro.

—Los mejores jugadores de la liga enfrentándose unos a otros. Todo el mundo quiere entradas para ese partido... es la final.

—Ya.

—Seguramente podría vender estas entradas por miles de dólares en Internet.

—Pues véndelas.

—Pero lo pasarías bien, Katie. Te lo garantizo.

—¡No puedes garantizar algo así!

Dylan dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué cualquier conversación contigo se convierte en un campo minado?

—¿Porque no pestañeo con la devoción de un perro agradecido?

—Katie, no te pongas imposible. Tengo entradas para un partido estupendo y sé que quieres decir que sí. Así que dilo.

—Tú no sabes nada sobre mí.

En realidad, sí. Había visto muchas cosas de ella la tarde anterior. Y por eso estaba allí, intentando ser un hombre decente. Pero, evidentemente, no lo hacía bien.

—A eso es a lo que me refería con el campo minado.

—Mira, Dylan —dijo ella entonces, con el tono paciente que usaría con un niño—. Sé que la mayoría de las mujeres caerían rendidas a tus pies aunque las invitaras a participar en una carrera de perros por la nieve, pero a mí no me gusta el hockey.

—¿Qué tal una carrera de perros por la nieve?

Katie puso los ojos en blanco.

—Déjalo ya. No quiero ir a ningún sitio contigo.

—Eso me ha dolido.

—No tienes que fingir conmigo. Vete a buscar a otra, seguro que hay cientos esperando.

—Ya te he dicho que iba a tomarme un descanso.

—¡Y yo te he dicho que no cuentes conmigo!

—Dame una buena razón.

—Muy bien. No quiero ver mi fotografía en la primera página del *Morning Globe*. No quiero que hablen de mí en las columnas de cotilleos.

—Entonces iremos a algún sitio donde no puedan vernos.

—¡No! Dylan, no quiero que las cosas cambien. Me gusta mi vida tal y como es. A ti puede parecerle aburrida, pero a mí me gusta.

Dylan suspiró. Estaba intentando rescatar a una damisela en apuros y había fracasado. Ella no quería ser rescatada.

Casi lo había convencido. Casi.

Pero Katie volvió a pincharse en un dedo y entonces Dylan supo que estaba mintiendo. No se pinchaba todos los días. Sólo se pinchaba cuando estaba distraída. Y él la distraía.

No le gustaba su vida, se había conformado. Katie quería más cosas de la vida, quería ser feliz, pasarlo bien, disfrutar.

Pero tenía miedo de hacerse ilusiones.

Y él estaba más decidido que nunca a darle todo lo que quería. Pero eso iba a ser lo más difícil: averiguar qué era irresistible para ella, no para él.

Dylan volvió a su oficina y dejó las dos entradas sobre el escritorio de Margot.

—Para que vayas con tu marido. Pero tienes que hacerme un favor.

—¿Cuál?

—Piensa cómo sería una cita ideal... no para un hombre sino para una mujer.

—¿Cómo?

—¿Qué sería irresistible para cualquier mujer? Pregúntale a tus amigas y luego me lo cuentas.

Su recepcionista lo miraba como si hubiera perdido la cabeza, pero Dylan entró en su despacho y cerró de un portazo.

Más tarde, sólo para demostrarle a la estirada de Katie lo que se estaba perdiendo, subió a su moto e hizo un caballito delante de la floristería. Por si acaso se había perdido el primero, dio la vuelta a la manzana y volvió a pasar por delante...

Pero, como siempre, era totalmente predecible para ella.

Porque las cortinas del escaparate de Flower Girl estaban echadas.

Capítulo 3

El ruido de la moto acercándose por la calle le advirtió que Dylan iba a hacer otro caballito.

De modo que Katie cerró las cortinas.

Por favor. ¿Nunca le habían dicho que no a aquel hombre? No claro que no. Al menos, una mujer.

Y era lógico. Había sido muy difícil decirle que no. Una mujer tenía que pasar por encima de su sistema biológico y hormonal para hacer eso. Y, luego, para añadir complejidad a la tarea, tenía que controlar sus emociones con mano de hierro.

Decirle que no a Dylan McKinnon no era divertido y no era fácil. Y él lo sabía.

Claro que había querido decirle que sí. Afortunadamente, tenía una regla para tratar con él. Por supervivencia, había desarrollado la costumbre de hacer exactamente lo contrario de lo que deseaba hacer.

Y ahora era más necesario que nunca. Por alguna extraña razón, ella había aparecido en el radar de Dylan McKinnon y parecía convencido de que necesitaba algo que él podía darle.

¿Un partido de hockey? Katie consideraba el hockey como algo bárbaro, un juego de gladiadores modernizado. Decirle que sí habría sido traicionarse a sí misma, convertirse en algo que no era sólo para complacerlo. Y para estar a su lado.

Cuando ella no sería más que una distracción durante su «período de descanso». Y ella tenía su orgullo. Además, sabía que con Dylan McKinnon lo mejor era decir que no. Porque podría importarle de verdad y no quería que le importase. Había conseguido rehacer su vida, pero estaba segura de que no podría hacerlo otra vez.

Y durante aquel año había aprendido a conocer a Dylan McKinnon. Dylan, que enviaba un primer ramo de flores como una forma de decir: «estoy interesado». El segundo era para dar las gracias por una noche de sexo. El tercero era el de «siento haber olvidado que había quedado contigo» y el cuarto era el ramo de la despedida. Dylan McKinnon era hombre dado a pasiones rápidas que se quemaban pronto. Y así con una mujer diferente cada mes.

Pero había una excepción, el ramo que elegía por sí mismo cada semana. El ramo para el que no pedía tarjeta. Nunca le había dicho para quién era.

Y luego estaba su negocio. Había tenido mucho éxito, pero era demasiado temerario. Siempre estaba probando cosas nuevas, innovando. Le encantaba el reto de encontrar nuevos productos, nuevos mercados. Era un hombre que nunca se conformaría con hacer lo mismo cada día.

Y que se dedicaba a hacer caballitos con la moto delante de su tienda, como un adolescente.

—Debería llamar a la policía —murmuró—. Este hombre es un peligro. Además, es ilegal no llevar casco.

Y ésa era una de las razones por las que debía decirle que no. Había enormes

diferencias entre ellos. Diferencias irreconciliables. Si ella subía a una moto sin casco, la angustia y el miedo de tener un accidente la envejecerían diez años. Pero, evidentemente, era arriesgarse lo que a él le gustaba.

Allí estaba otra vez, comprobó Katie, apartando un poquito la cortina. Pero en lugar de hacer otro caballito, Dylan aparcó la moto delante de la tienda. Katie se dijo a sí misma que debía apartarse, pero estaba como hipnotizada por aquel hombre con cazadora de cuero.

Rezaba para que volviese a la oficina y no...

La puerta de la floristería se abrió y Katie fingió un tremendo interés por un jarrón de peonías.

—Esto está muy oscuro, Katie, querida.

—Las flores del escaparate se estaban secando. Por eso he echado las cortinas.

—Ya.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que hagas novillos conmigo.

—¿Cómo?

—Que vengas a dar una vuelta conmigo en la moto.

—¿Estás loco? ¡Acabas de demostrarle a todo el vecindario cómo montas esa cosa!

—Ah, ¿estabas mirando? —sonrió Dylan—. Podría haber jurado que las cortinas estaban echadas.

Era como si la hubiera pillado con la mano metida en la caja de las galletas.

—Sí, bueno... te he visto por casualidad.

—Saldremos de la ciudad si te apetece —siguió Dylan—. El campo se está llenando de flores. ¿No te gustaría verlas?

Dylan McKinnon siempre la hacía sentir como si se estuviera perdiendo algo importante. Como si se estuviera perdiendo la esencia de la vida. Por eso era tan tentador.

—Di que sí —insistió—. ¿No te apetece hacer una pequeña locura?

Sí, sí, sí.

—¡No! Una vez hice una locura y fue un tremendo error.

Los dos sabían que se refería a su matrimonio.

—No se puede ir por la vida sin cometer errores, Katie.

—Pero al menos puedo intentarlo —replicó ella.

—Todo el mundo comete errores. Uno aprende de ellos y sigue adelante.

—¡Y tú qué sabes de eso! Tu vida ha sido tan fácil... ¿Qué errores has cometido?

—Pues, por ejemplo, tirarme en paracaídas probablemente no fue la mejor de las decisiones.

—¿Y por qué lo hiciste?

Todo el mundo en Hillsboro sabía lo de ese salto. Lo había hecho para una obra benéfica, pero se había roto el brazo en tres partes arruinando así su carrera como

jugador de béisbol.

—Porque quería hacerlo.

—Querer hacer algo no es precisamente lo más juicioso. Y tú arruinaste tu carrera por eso.

Él tocó una de las flores del escaparate. Sorpresa, sorpresa, una rosa roja. Pasión. Sus dedos acariciaban los pétalos con tal ternura que Katie no pudo dejar de preguntarse si merecería la pena arriesgarse, rendirse. Sólo una vez. Dejarse llevar por un impulso loco y jugar con el fuego más peligroso: el de la pasión.

—Tú puedes verlo como un impulso que arruinó mi carrera, pero yo prefiero pensar que ese salto fue lo que me llevó a mi verdadero destino.

—Mira, Dylan... di lo que quieras pero yo no pienso subirme en esa moto. Me gusta vivir.

—¿De verdad? ¿De verdad te gusta vivir, Katie, querida?

Y después de decir eso, Dylan se dio la vuelta y salió de la tienda.

Pero la pregunta había quedado colgada en el aire.

¿De verdad le gustaba vivir?

¿De verdad le gustaba el mundo ordenado y predecible que había construido para sí misma? ¿Las flores, los gatos, la biblioteca eran todo lo que necesitaba para ser feliz?

El camino que no había querido tomar la llamaba; las cosas a las que había dado la espalda tiraban de ella, atormentándola. Katie podía imaginar el viento en su cara. Podía imaginarse abrazada a Dylan McKinnon mientras recorrían la carretera sintiéndose libres...

Pero no sería seguro. Cualquier cosa podía pasar con aquel hombre.

Pero, de nuevo, una vocecita le dijo que eso de la seguridad estaba sobrevalorado. Y Katie decidió, por muy infantil que fuera, que odiaba a Dylan McKinnon por hacerla dudar.

Aunque era lo más seguro. Mucho más seguro que amarlo.

Entonces se le ocurrió pensar que Dylan no había dicho nada de su horrible vestido. Mejor. Al día siguiente se pondría uno más feo aún. Y luego buscaría en el arcón del ático. Estaba segura de que allí había un peto vaquero en el que podrían caber dos personas. Eso le demostraría que no estaba interesada. Claro que Dylan podría no pasar por allí al día siguiente...

Considerando que había decidido que lo odiaba, ¿por qué estaba deseando que llegara el día siguiente?

Que su vida había sido fácil, pensaba Dylan unos días después. Quizá Katie tenía razón.

Pero lo cambiaría todo, todo el éxito que había tenido, por pasar un día con su madre como solían hacerlo. Tras el declive de su madre por culpa del Alzheimer, su

padre había tomado la inexplicable decisión el año anterior de meterla en una residencia.

Y eso le había roto el corazón.

Su dolor no era sólo por su madre, sino por la muerte de todo en lo que había creído. Dylan siempre creyó que algún día tendría lo que habían tenido sus padres: una vida feliz, tranquila, llena de amor. Un amor que durase para siempre.

Y en lugar de eso, su padre, su modelo, había hecho algo completamente inesperado.

Su madre ni siquiera sabía que la había traicionado. No se enteraba de nada, la pobre. Y eso era una bendición. Lo único que parecía devolverle el brillo a sus ojos eran las flores que le llevaba una vez por semana. Y sólo durante un momento. Luego volvía a mirarlo como si no lo conociera.

Entonces sonó un golpecito en la puerta del despacho y Margot asomó la cabeza.

—¿Vengo en mal momento?

—No, no —contestó Dylan, apartando la mirada. No le gustaba que lo vieran así, cuando se sentía tan vulnerable. Prefería que lo vieran como un hombre superficial, alguien que había tenido «una vida fácil». Todo era más sencillo de esa forma.

—Aquí tengo la... investigación que me pediste.

—¿Eh?

—La cita ideal con Dylan McKinnon.

Dylan miró los papeles, atónito. Algunos estaban escritos a máquina, otros a mano, con buena letra, limpios, perfumados. Pero también había una nota escrita... en unas braguitas rosas. ¿Se habría hecho Margot una idea equivocada? Esperaba que no.

—No son más —dijo ella, antes de salir del despacho.

Azorado, Dylan tiró las braguitas a la papelera y empezó a leer un ensayo titulado: Mi cita ideal con Dylan McKinnon, escrito por una tal Úrsula. Él no era precisamente un mojigato, pero se quedó helado. Nervioso, arrugó el papel y lo tiró también a la papelera.

Pero quizá no debería... Si Katie seguía frustrándolo, quizá una cita con Úrsula, un bote de nata y una cama envuelta en plástico podría ser la solución.

No, lo dejaría en la papelera. Tenía que recordar que era el nuevo y decente Dylan. Luego siguió leyendo. Algunas notas ofrecían buenas ideas: una noche en el hotel de hielo de Quebec, por ejemplo.

No pensaba pedirle a Katie que pasara una noche con él porque ella no era esa clase de chica, pero quizá podrían ir a ver el hotel y tomar un vodka en un vaso hecho de hielo. Era una idea original. ¿Y qué mejor para alguien que estaba demostrando ser de hielo?

Además, no estaría mal darle un poco de vodka a Katie. Para que se animase.

Entonces miró el calendario que tenía sobre la mesa. Estaban en primavera y seguramente el hotel de hielo estaría derritiéndose. Pero era una posibilidad para el

siguiente año.

¿El siguiente año? ¿Cuánto tiempo iba a tardar en conquistar a Katie? Dylan recordó su expresión cuando le pidió que fuese a dar una vuelta con él en la moto. Sí, podría tardar un año.

Margot volvió a entrar entonces.

—¿Era eso lo que esperabas? No sabía muy bien a qué te referías cuando me pediste que le preguntase a mis amigas.

¿Úrsula era amiga de Margot? Ah, entonces su secretaria debía de tener una vida secreta... de la que él no quería saber absolutamente nada.

—No, bueno, sólo era una idea. En realidad, no es para mí.

—Le dije a mi prima que lo de mandarte... en fin, una prenda íntima era un poco exagerado, pero como no sabía lo que querías...

¿Las bragas eran de su prima? Sí, Margot y su familia debían de tener una interesante vida secreta.

—Es que estoy interesado en saber lo que piensan las mujeres, lo que les gusta. Quería conocer sus deseos románticos como parte de... una estrategia de mercado, ya sabes.

Margot lo miró, escéptica.

—Pues yo tengo la impresión de que sabes perfectamente lo que quieren las mujeres.

—Pero necesito ideas originales.

—Esto no tiene nada que ver con el negocio, ¿verdad?

Dylan carraspeó, nervioso.

—¿Qué te pasa? Nunca te había visto así.

—¿Así cómo? —replicó él, a la defensiva.

—No lo sé, tan inseguro. No quiero usar la palabra «desesperado», pero se me ha ocurrido. ¿Has conocido a alguien especial?

—¡No!

—Alguien que te pone nervioso...

—No, no es eso.

Pero, por su expresión, estaba claro que Margot había dado en el clavo.

—Me encantaría conocer a esa mujer —rió la secretaria—. Te tiene completamente aturdido.

—No estoy aturdido —protesto Dylan. Si Margot viera a Katie probablemente se moriría de risa, además. Katie llevaba aquel día un vestido espantoso que la hacía parecer embarazada.

Y, como siempre, cuando pasó por la tienda esa mañana le había dicho que no...

—No me apetece ir a patinar.

—No tiene que ser hoy —insistió Dylan.

—Lo siento, pero ir a patinar no está en mi lista de las cosas que quiero hacer antes de morir.

—¿Tienes una lista? —exclamó él. Katie no contestó—. Venga, no seas así. Dime una de las cosas que tienes en tu lista.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque entonces se convertiría en parte de la ridícula campaña que llevas a cabo y antes de que me diera cuenta me encontraría subida a un elefante en África.

—¿Montar en elefante está en tu lista? —preguntó Dylan, atónito. Pero si ni siquiera se atrevía a montar en moto.

—Sólo era un ejemplo.

—Desde luego, serías una excelente jugadora de póquer —suspiró él—. Venga, por favor, dime una de las cosas que hay en esa lista. Prometo no usarla. Nunca volveré a mencionarla.

Katie clavó sus ojos pardos en él. Con la luz del sol que entraba por el escaparate parecían de color miel. Nadie lo miraba como lo miraba Katie Pritchard. El resto del mundo veía a un hombre de éxito, un hombre atractivo e interesante, pero ella... ella lo miraba como si fuera un gusano.

—Me gustaría nadar con delfines —dijo Katie por fin.

Dylan lamentó haberle prometido que no usaría esa información. Porque nada le gustaría más que verla en biquini. Aunque ésa no era la motivación principal. Quería verla nadando con delfines... verla reír, pasarlo bien. Quería verla feliz, desinhibida. Libre.

¿Habría sido así alguna vez? ¿Antes de que el fracaso de su matrimonio la obligara a encerrarse en sí misma?

Si, en fin, el biquini sería un extra más que bienvenido. Aunque, a juzgar por lo que llevaba puesto en aquel momento, ver a Katie en biquini iba a ser totalmente imposible. Si tenía un bañador, y lo dudaba, seguramente sería de cuello alto.

—Voy a poner eso en mi lista.

—¡Has prometido no hacerlo!

—No contigo. Voy a poner lo de nadar con delfines en mi lista para hacerlo solo algún día.

—Tú no tienes una lista.

—Bueno, pues voy a empezar a hacer una.

—Y no haces cosas solo. Siempre tienes que llevar a alguien del brazo... casi siempre una rubia y seguramente con un biquini tres tallas más pequeño de lo que debería.

—Estás hablando de Heather. Pero eso se ha terminado, ya lo sabes.

—Las mujeres con las que sales se parecen como gotas de agua. Da igual que se llame Heather o Mary. Y yo estoy decidida a no ser una de ellas...

—¿Dylan?

—¿Eh? —Dylan levantó la cabeza y vio que Margot lo miraba con cara de sorpresa—. Ah, perdona, no te había oído.

—¿Quieres un consejo?

—No.

—Sé tu mismo.

Sí, bueno, eso era fácil de decir porque, como su hermana había señalado tan groseramente, durante el último año se había convertido en alguien a quien ya nadie conocía. Estaba intentando volver a ser él mismo y, de alguna manera, Katie podía ayudarlo. Y de la misma manera, él podía ayudarla a ser la mujer que había sido una vez. Pero ella se negaba obstinadamente.

Dylan esperó a que Margot saliera del despacho antes de tomar otra de las notas. Aquélla no estaba mal. Una tal Celeste decía que su cita ideal sería ir a cenar a Toronto, al teatro y luego dar una vuelta en un coche de caballos.

Dylan hizo un par de llamadas. En Toronto siempre había millones de cosas que hacer y decidió comprar entradas para *El fantasma de la ópera* y para una comedia romántica llamada *El príncipe y la niñera*.

Ambas obras sonaban horribles para él, de modo que seguramente serían irresistibles para una mujer. Por un momento, recordó las palabras de Margot: «Sé tu mismo». Pero no les hizo caso. Había intentado ser él mismo con la moto y la oferta de ir a patinar y no le había servido de nada.

No, aquello era mucho mejor. Tenía que entrar en el mundo de Katie. Pero no aquel día. No quería ponerse pesado. No quería que pensara que la estaba persiguiendo.

Pero al día siguiente se sentía como un guerrero mientras se dirigía a la floristería donde lo esperaba la princesa con corazón de hielo.

Capítulo 4

Los dioses la odiaban. No podía haber otra razón para que la sometiesen a tal tortura. En los últimos diez días, Dylan había hecho todo lo posible por convencerla para que saliera con él. Se lo estaba poniendo tan difícil y estaba tan decidido que ya ni siquiera parecía fijarse en sus horribles vestidos. Y algunos eran verdaderamente horribles. Pero él no parecía verlos; sólo parecía ver su interior, la persona que era de verdad.

Aunque también era evidente que aquello se había convertido en un juego para él. Dylan McKinnon era un competidor nato y no aceptaba una derrota.

Sin embargo, Katie sabía que, pasara lo que pasara, el cuarto ramo de flores era inevitable. Dylan jamás se quedaba con nadie. Tarde o temprano se cansaba y seguía adelante, buscando nuevas aventuras. Y ella no quería ser otro nombre en su larguísima lista.

La había invitado a ver seis obras de teatro y en todos los casos le había dicho que no. Y eso que eran obras que estaba deseando ver. La había invitado a correr con él, a pescar, a cenar, a conocer gente famosa, a ver partidos que todo el mundo en Canadá querría presenciar...

Y eso la tenía tan nerviosa que prácticamente daba un salto cada vez que se abría la puerta de la tienda. Estaba histérica. Y llena de vida.

Eso era lo que le estaba pasando, quisiera reconocerlo o no. Empezaba a sentirse viva. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba hibernando hasta que Dylan McKinnon apareció en su vida como un tornado.

Katie miró su reloj. Era casi la una y se acercó al escaparate. Allí estaba. Mientras cada día ella tenía peor aspecto, él estaba mejor...

Aquel día llevaba un pantalón de chándal bajo de caderas, una camiseta sin mangas y una visera. A pesar de que aún no había llegado el verano, estaba moreno... No era posible. Tenía que ser un bronceado artificial. Y ella nunca podría respetar a un hombre que se broncease bajo una lámpara.

¿Se había parado?

Su traidor corazón empezó a latir como si quisiera salirse de su pecho. Nerviosa, corrió hacia el mostrador y empezó a colocar flores que nadie le había pedido. Begonias, que representaban una advertencia, tuberosas para «placeres peligrosos». Y luego unas camelias blancas, que representaban el deseo. Y una glicinia, que era «amor a primera vista».

Había dejado la puerta abierta aquel día, de modo que no sonó la campanita de la puerta. Pero Katie sabía que estaba allí. Un aroma más delicioso que el de las flores parecía llenar la tienda cada vez que Dylan McKinnon entraba en ella.

—Me gusta mirarte cuando trabajas.

¿Cómo era posible que no dijese nada del horrible peto vaquero? Cualquier hombre razonable habría salido corriendo.

—¿Y qué aspecto tengo cuando trabajo?

—No sé, tienes una expresión intensa. Como si esas flores hablaran un idioma que tú pudieras entender.

—Ya.

—Además, sacas un poco la lengua cuando estás concentrada...

—¡Eso no es verdad!

—Sí es verdad. Me gusta cuando sacas la lengüita...

—Veo que has cortado las mangas de esa camiseta —lo interrumpió Katie.

—Sí, las he quitado. Por cierto, hemos decidido no poner mangas en la cazadora deportiva. A los que corren no les gusta llevar mangas.

Especialmente los que tenían bíceps como los suyos, claro. Para lucirse, para conquistar a cualquier chica.

Naturalmente, ésa era la única razón para tanta insistencia. Nadie se le había resistido hasta aquel momento.

—¿Te bronceas con lámpara de rayos UVA? —le preguntó.

—¿Eh?

—Que estás moreno y aún no ha llegado el verano. Me estaba preguntando de dónde sale ese bronceado —dijo Katie, irónica.

Dylan soltó una carcajada.

—Yo no soy ese tipo de hombre.

Eso era precisamente lo que a Katie le daba miedo. Que ella quería que fuese un engreído, un superficial y, en realidad, no lo era.

—Dime que no me imaginas bajo una lámpara de rayos UVA, Katie.

Ella ni siquiera sabía cómo eran esas lámparas. ¿Para broncearse tendría que estar desnudo del todo? No quería ni pensarlo.

—Bueno, ¿qué clase de ramo quieres hoy? —le preguntó, para cambiar de tema.

—No quiero ningún ramo. Quiero que me digas que sí.

—Pero si aún no me has pedido nada.

—Lo sé, pero sorpréndeme, dime que sí.

—¿Es tu cumpleaños?

—No.

—Entonces no veo por qué tendría que sorprenderte.

—¿Me sorprenderías si fuera mi cumpleaños?

Katie suspiró, impaciente. Pero si era sincera consigo misma, debía admitir que le encantaban aquellas bromas, aquellas disputas casi de adolescentes. Dylan McKinnon era un seductor. Tenía un gran sentido del humor y era maquiavélico. Pero podría hacer reír a cualquier mujer.

—No, no te sorprendería aunque fuera tu cumpleaños. No me gustan las sorpresas.

Ella sabía que ésa era la mayor de las sorpresas: que siguiera diciéndole que no. Porque sabía que si algún día le decía que sí, ése sería el principio del fin. Antes de

que se diera cuenta recibiría el equivalente al cuarto ramo de flores... el de «encantado de conocerte, pero adiós».

—*Au contraire*, Katie, querida. Yo creo que estás llena de sorpresas.

—Te aseguro que no.

—¿Quieres saber cuándo es mi cumpleaños?

—No.

—¿Por qué?

—Si quisiera saberlo, seguro que podría encontrarlo en alguna revista deportiva. Allí podría descubrir cuánto pesas, cuánto mides, cuántos años jugaste al béisbol como profesional. Y entonces sería como el resto de las chicas.

—No, imposible. Tú nunca podrías ser como el resto de las chicas.

Katie no sabía si eso era bueno o malo y se negaba a preguntar.

—¿Qué te parecería ir a la inauguración del hotel de hielo en Quebec? Por cierto, coincide con mi cumpleaños. Aproximadamente.

Katie lo fulminó con la mirada. Aquel día hacía calor, no era día para ir a un hotel de hielo. Pero había visto fotografías del hotel. Era magnífico. Todo, absolutamente todo era de hielo, incluso los vasos en los que servían las bebidas. Ir a verlo estaba en su lista de cosas que hacer antes de morir... ¿cómo había conseguido Dylan adivinarlo?

Katie lo miró, desconfiada. Era un hombre decidido. Seguramente habría entrado en su apartamento para leer su diario o algo así.

No, imposible. Pero todo sería mucho más fácil si pudiera creer lo peor de él. Que se bronceaba bajo una lámpara de rayos UVA, que entraba en su apartamento sin que lo vieran. Pero, por mucho que quisiera creer eso, tenía de nuevo esa sensación de que lo conocía...

Y una absurda confianza en él.

Y ahora, la idea de ir al hotel de hielo sola, sin Dylan, ya no le apetecía. Ahora no podría ver esas camas cubiertas por mantas de caribú sin preguntarse...

—No, gracias.

—Oye, que es el año que viene.

—Dylan, no creo que tú seas el tipo de hombre que hace planos a largo plazo.

—Eso no es cierto. Bueno, quizá tenga un pequeño problema con los cumpleaños, pero además de eso se me da bien planear cosas a largo plazo. La siguiente línea de cazadoras, por ejemplo, saldrá dentro de un año. Si podemos ponernos de acuerdo en el diseño.

—La respuesta sigue siendo «no».

—Ah —suspiró él—. De nuevo me rechazas.

—Dylan, tienes que dejar de intentarlo. Es absurdo.

—No lo es. Y tú no quieres que deje de intentarlo, además.

Katie se cruzó de brazos. Aunque era la verdad. No quería que parase y era vergonzoso que él lo supiera.

Si de verdad quisiera que parase lo único que tenía que hacer era decir que sí. A cualquier cosa, montar en moto con él, salir a cenar y a bailar... Y entonces todo seguiría un patrón totalmente predecible. Tendría un principio y un final.

Y seguramente Dylan ni siquiera volvería a pasar por la floristería.

—No pienso salir contigo. Nunca. ¿No tienes nada mejor que hacer que venir aquí a molestarme?

—Ah, Katie, querida, la verdad es que me encanta venir a molestarte.

—Eso era lo que me temía.

Dylan soltó una carcajada. Y tenía una risa preciosa. Mostraba sus blancos dientes, la fuerte columna de su garganta. Se reía con ganas, con una contagiosa *joie de vivre*. Pero esa risa contagiosa hacía que Katie pensara en todo lo que podría perder si le decía que sí.

Sentado frente a su escritorio, tirando pelotas de goma a una canasta instalada en la pared, Dylan McKinnon encontró la inspiración.

Lo había estado haciendo fatal. Katie no era como las demás chicas, de modo que los consejos de las amigas de Margot no servían de nada. Había llegado el momento de hacer las cosas de otra manera.

Pensó entonces en lo que sabía de ella: que tenía el corazón roto, para empezar.

Además de eso, sabía que le gustaban los libros y los gatos. Era una devota de la biblioteca. Quería nadar con delfines y había visto un brillo de interés en sus ojos cuando mencionó el hotel de hielo.

Distraído, buscó en Internet: *gatos+libros+bibliotecas*.

Asombrosamente, los dioses se apiadaron de él y encontró una respuesta. Porque allí estaba: el evento que Katie encontraría irresistible. La biblioteca pública de Toronto organizaba un encuentro benéfico con un famoso dibujante de gatos, Tac Revolt. Las entradas, naturalmente, estaban vendidas, algo que no era obstáculo para Dylan. Al final de la semana las había conseguido.

Y entró en la floristería prácticamente saltando de felicidad, pero Katie intentaba fingir que no lo había visto. ¿Estaría enfadada porque no había pasado por allí todos los días esa semana? Ah, sí, era una posibilidad. ¿No tenía un aspecto diferente?

Sí, mucho peor que la semana anterior. Llevaba el pelo suelto, algo inusual, pero el estilo era... poco atractivo. Lo llevaba sujeto con una especie de diadema de terciopelo. Y la falda... era peor. Ancha, por debajo de las rodillas, en un tono burdeos que casi parecía el hábito de un monje.

—Hola —sonrió Dylan.

—Hola. ¿No me digas que ya has conocido a alguien?

—No.

—Bueno, pues estás perdiendo el tiempo. Si quieres seguir conquistando a una mujer por mes, tendrás que empezar a moverte.

Qué razón tenía su hermana. Ninguna chica decente saldría con un hombre así.

—Una de mis dientas ha dejado el teléfono de su nieta por si quieres llamarla, aunque yo le he advertido que no lo hiciera.

Como si él fuera a llamar a una chica que no conocía... Él nunca haría eso, aunque seguramente Katie no lo creería. Tenía que demostrarle que no era así porque ella no iba a aceptar su palabra. Tenía que demostrarle que había pasado página. Pero... ¿había pasado página de verdad? De nuevo, Dylan sintió ese *algo*, esa sensación de estar perdido.

Sin decir una palabra, dejó las entradas sobre el mostrador.

—Tac Revolt —murmuró Katie—. Dios mío. ¿De dónde las has sacado? Nadie ha podido conseguir entradas.

—Pensé que te gustaría ir —dijo Dylan solemnemente. Por fin había encontrado la respuesta. Por fin la hacía feliz. La sombra de tristeza había desaparecido de su rostro.

—¿Para mí? ¿De verdad?

Y entonces ocurrió lo inesperado. Katie tomó las dos entradas y empezó a bailar por la tienda.

La falda no le pareció tan monstruosamente fea entonces. No, incluso tenía un bonito movimiento, pensó... Además, acababa de descubrir que Katie tenía unas piernas largas y bien formadas. Su pelo se movía como el de una gitana y el cuello de la blusa había caído hacia un lado, dejando ver una piel de porcelana.

Katie Pritchard era preciosa.

Dylan registró este hecho asombrado. Había tenido que convertirse en un hombre más generoso para darse cuenta. Pero era el momento de decirle que sólo una entrada era para ella. Y la otra para su acompañante. Él.

Sin embargo, no quería parar el bailecito ni matar la sonrisa que había en sus labios.

Katie era preciosa. Y su belleza era tan pura, tan genuina, que podía cambiar la vida de un hombre.

—Mi madre se va a quedar helada —dijo, sin aliento.

Ah, cuánta pasión desperdiciada.

—Lo ha intentado todo para conseguir entradas. Incluso les ofreció a su primogénito, que soy yo... ¡Dylan, podría besarte!

Dylan cerró los ojos y le ofreció sus labios, pero no pasó nada. Cuando los abrió de nuevo, Katie se había apartado para hablar por teléfono. Pero él sentía un increíble anhelo de sus labios, aunque ahora intuía que serían más peligrosos de lo que había imaginado.

—Mamá... no te puedes imaginar lo que ha pasado. Me han regalado dos entradas para ver a Tac Revolt.

Dylan se quedó donde estaba, escuchándola, pensando que quizá ya era demasiado tarde. Katie se había convertido en una de esas mujeres locas que vivían

rodeadas de gatos. Sólo una persona así se emocionaría tanto por esas entradas.

Desde luego, había conseguido exactamente lo que quería. La había transformado. La había visto llena de pasión, juguetona, enamorada de la vida. Aquél era el tipo de chica del que un hombre se podría enamorar.

Una mujer que quería a su madre. Desde luego, ninguna de las chicas con las que había salido últimamente había mencionado a su madre.

Amor. No le gustaba que esa palabra hubiera aparecido en su cerebro en conexión con Katie. Afortunadamente, ella era el tipo de chica que un hombre como él no se merecía. Incluso podría tener una herencia genética preocupante.

Su padre había fingido ser un hombre honesto y decente durante treinta y cinco años. Su padre, que había jurado amar y honrar a su esposa durante toda la vida, había roto esa promesa. Había metido a su esposa en una residencia. Y, por si eso no fuera suficiente, casi nunca iba a verla.

Dylan estaba seguro de que habían pasado dos meses desde la última vez que estuvo en la residencia. Y sospechaba que tenía una nueva amiguita.

Y su hermana lo regañaba por no devolverle las llamadas...

La enfermedad de su madre había sido para Dylan el golpe más duro de su vida. No podía creer que una mujer tan fuerte, tan inteligente, tan cariñosa, pudiera de repente convertirse en una desconocida. Y, por eso, él se había convertido en alguien que ya no creía en nada.

Sin embargo, mirando a Katie mientras hablaba con su madre por teléfono, pensó: «Un hombre podría creer en esto».

Pero se dio cuenta de la enormidad de su error. Se decía a sí mismo que había estado intentando devolverle a Katie algo que había perdido. Ahora se daba cuenta de que había intentado devolverle lo que *él* había perdido.

Esperanza. Confianza.

No, él no era el hombre adecuado para aquella tarea. Había sido una locura intentarlo.

Katie lo miró entonces.

—Mamá, te llamo dentro de un momento... ¿Dylan?

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro —intentó sonreír él—. ¿Por qué?

—¿Tú querías ir a ver a Tac Revolt?

—¿Yo? A mí no me pillan ni muerto yendo a ver a un tipo que pinta gatos.

—No, no, claro. Ya me imagino. Seguramente no te interesa nada. Pero es que pensé... bueno, nada, déjalo. ¿De verdad no te importa que lleve a mi madre?

—Me alegro mucho de que lleves a tu madre.

Dylan se dijo a sí mismo que debía salir de allí. Para siempre.

—Ojalá yo pudiera hacer feliz a mi madre. Una vez más.

—¿Ha muerto?

—Sí —contestó él. No había muerto, pero era lo mismo. La madre de su juventud, la mujer vibrante, llena de vida, había desaparecido para siempre. Y jamás volvería.

—Lo siento.

Su valentía, su famosa temeridad, empezaban a desaparecer mientras miraba a Katie. Un sitio en el que un hombre podría dejar su escudo y apoyar la cabeza...

Katie Pritchard era bellísima, de una manera diferente. La suya era una belleza que cambiaba las cosas. Era profunda, real, genuina. Y la pobre ya había tenido que soportar a un hombre que no merecía todo eso.

Saber el daño que podía hacerle hizo que Katie, de repente, se convirtiera en algo sagrado.

Pero no podía ser, una chica como aquélla no podía ponerlo de rodillas. ¿O sí?

Porque Katie alargó una mano y tocó su mejilla como si entendiera todos sus secretos.

Y luego lo besó.

Sus labios eran increíblemente tiernos, invitadores. Y despertaban algo que Dylan siempre había querido guardar, que no había querido revelar a nadie.

Era un sitio lleno de soledad, de penas. Pero esas penas parecieron aliviarse con el beso. Y la soledad era como una niebla que el sol acabase de penetrar.

—Si quieres que salgamos a tomar un café...

Dylan se apartó.

—Tengo que irme de la ciudad unos días —dijo a toda prisa. Y vio que Katie hacía una mueca porque sabía que era mentira.

Pero era mejor hacerle daño ahora que más tarde. La vida, y sobre todo el amor, eran muy frágiles.

No confiaba en sí mismo. Aunque no quisiera, acabaría haciéndole daño, acabaría destruyendo ese brillo de amor que veía en sus ojos.

Amor. Él no podía confiar en amar a nadie.

Capítulo 5

Katie se acercó al escaparate mirando el reloj. Era casi la una y Dylan no estaba por ninguna parte. No había ido a la tienda ningún día esa semana. Nada de bromas, nada de invitaciones exóticas...

Desde que aceptó las entradas para el acto benéfico con Tac Revolt, y cometió el error de decirle que podrían tomar un café juntos, era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra.

La caza había terminado. Y para un hombre como él, lo único importante era la caza.

Le había dicho que tenía que irse de la ciudad, pero podía ver su deportivo rojo aparcado en la puerta de la oficina.

Y lo echaba de menos. Cada día elegía un vestido más horrible, esperando que fuese por allí...

Aquel día se había puesto unos pantalones con margaritas y en la cabeza una bandana a juego. Una pena que Dylan no la viera así.

Pero había estado engañándose a sí misma. Se había enamorado de Dylan McKinnon a su pesar.

Y las entradas para el acto benéfico de Tac Revolt habían sido la puntilla. La habían llenado de ternura por un hombre al que deseaba odiar. Y cuando se emocionó al hablar de su madre fue como si la armadura que había construido alrededor de su corazón se rompiera de forma irreparable.

Pero entonces Dylan dejó de ir a la floristería, demostrándole que no se había equivocado. Decirle que sí a una simple invitación había dado por terminada la caza.

Probablemente habría visto algo en su cara aquel día. Que le importaba demasiado, que sentía demasiado, que era capaz de portarse como una cría por un simple detalle.

Intentaba convencerse a sí misma de que era lo mejor, pero...

Era la una y cinco. No iba a ver a Dylan aquel día tampoco. No había salido a correr y, si lo había hecho, no pensaba pasar por delante de la tienda.

Pero no iba a llorar. Su ayudante, la señora Abercrombie, estaba allí y había gente entrando y saliendo todo el tiempo.

Ella sabía que Dylan McKinnon era un hombre peligroso y sabía que lo que estaban haciendo era un juego. Porque, ¿cómo podía una mujer salir con aquel hombre y no querer algo más?

Se habían terminado las bromas, las pullas, las sonrisas. Y también sus cualidades más sutiles, las que Dylan intentaba esconder. Su delicadeza, su inteligencia.

Su compasión. La había visto cuando habló de su madre. Entonces vio quién era en realidad: un guerrero que se sentía fracasado, que miraba su arsenal sabiendo que no servía para nada cuando se trataba de salvar a las personas que más quería.

Y, sin embargo, ella quería ser la persona que Dylan eligiese para dejar las armas

el día que decidiera volver a casa.

Su corazón lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero sabía que no iba a pasar.

Ella era una mujer divorciada, no una cría. Sabía muy bien las dagas que se escondían bajo la capa del amor. Había sabido desde el principio que no debía bajar la guardia y pensó que lo hacía bien. Pero había empezado a bajarla el primer día, cuando se dejó llevar por el impulso de verlo correr.

Había sido realista desde el principio. Había sabido que sólo sería para él una distracción momentánea... y ésa era la única verdad.

Suspirando, decidió regar las plantas que había colocado en la puerta. Sin pensar, había elegido lirios amarillos, prímulas y margaritas. Allí estaban representados todos los defectos de Dylan: la inconsistencia, las falsas expectativas, la brevedad de sus pasiones. Aunque quizá estaba siendo injusta. Dylan no era cruel, sencillamente era un hombre que aún no se había encontrado a sí mismo.

Al final, añadió unos cuantos gladiolos. Las flores de los gladiadores, de los guerreros, que representaban la fuerza. La fuerza de carácter, no sólo la fuerza física. Katie los miró, preguntándose si de verdad representaban a Dylan McKinnon...

Entonces, de repente, la puerta de su oficina se abrió y Dylan salió a la calle. Por un momento, Katie pensó que la había visto y creyó que se acercaría para contarle que había estado ocupado esos días.

Pero no parecía verla en absoluto. Katie estaba a punto de entrar en la tienda, pero algo en su expresión hizo que se detuviera. Parecía frenético, mirando alrededor cuando su coche estaba justo delante.

¿Dylan frenético? Qué raro. Él siempre parecía tenerlo todo bajo control, siempre parecía tranquilo.

—¿Dylan?

Él la miró entonces y Katie supo que estaba viendo algo que podría no volver a ver nunca más. Dylan McKinnon tenía miedo.

—Acaban de llamar del hospital. Han llevado a Tara en ambulancia.

Tara. Una de las novias en espera. ¿Cómo había olvidado eso cuando le dijo que podían tomar un café?

—No pueden localizar a Sam...

—¿Sam?

—El marido de mi hermana. No han querido decirme mucho por teléfono. O quizá yo no he oído nada después de que me dijeran que iban a meterla en el quirófano.

—¿Tara es tu hermana? —exclamó Katie.

—Sí.

—Yo te llevaré al hospital. Espera un momento, voy a decirle a la señora Abercrombie que me marchó.

—Gracias, Katie —murmuró él.

Y entonces la miró. La miró de verdad, desde dentro. Y Katie supo que podía

poner todos los ramos de primulas que quisiera frente a la floristería porque eso no iba a cambiar lo que sentía por él.

Todo el mundo lo creía un temerario, un hombre que no le tenía miedo a nada. Pero en sus ojos veía cuánto le importaba su familia. Y vio también que, sin dudarlo, daría su vida para proteger a los que más quería.

Vio, claramente, por qué se libraba a toda prisa de esas mujeres con las que salía.

Porque era la clase de hombre que, cuando entregaba el corazón, lo entregaba para siempre. Querer tanto era lo que lo debilitaba, lo que le asustaba. Y nadie podría entender ese miedo a ser destruido por el amor más que una mujer que había perdido un hijo.

Katie supo entonces que su obligación era ayudarlo. Por eso le quitó las llaves de la mano y abrió la puerta de su deportivo.

—Creo que la ruta más rápida hasta el hospital...

Katie intentó arrancar, pero la fuerza del motor la sentó de golpe en el asiento. Pisó el freno justo a tiempo y volvió a tocar el acelerador con más cuidado... el deportivo salió disparado.

—¿Has conducido alguna vez un coche como este?

—Un coche es un coche —contestó ella.

—Eso demuestra lo que sabes —suspiró Dylan—. Para el coche, Katie. Yo conduzco.

Aunque era irritante que su acto de buena samaritana fuese aceptado durante menos de treinta segundos, al menos la preocupación por el coche hacía que Dylan no pensara en su hermana.

—Tú no puedes conducir en este momento.

—¿Y tú sí? ¿Quieres pisar el acelerador?

—No puedo, esto sale disparado. Además, yendo a esta velocidad no nos pasaría nada aunque tuviéramos un accidente.

¿Sabes una cosa? No me gusta nada que hables en ese tono, como si lo supieras todo. A mi hermana la llevarán a la residencia de ancianos antes de que llegemos al hospital.

—Háblame de tu hermana. ¿Sólo sois dos?

—Desgraciadamente. Tara tiene siete años más que yo, pero a mí me habría gustado tener una docena de hermanos para que me dejase en paz. Es una amenaza. Siempre se mete en todo, siempre tiene una opinión sobre todo. No puedo creer que un tipo tan agradable como Sam se casara con ella.

—Pero la adoras.

—Es una pesada.

—Estás loco por ella —insistió Katie.

—Lo que tú digas.

—Le envías flores todas las semanas.

—Sí, pero no por ella sino para sacarte de quicio.

—Para hacerme pensar que Tara era otra de tus novias.

—Soy tan malo como piensas, Katie. Probablemente, peor.

—Ajá.

—Ha sido muy inteligente no querer salir conmigo.

—Ya.

—Si no me crees, pregúntale a mi hermana.

—Lo haré.

—Y deja de darme la razón como si estuviera loco.

—¿Tienes miedo de algo, don Temerario?

Pero Katie lo sabía. Tenía miedo de lo mismo que ella: del amor. Le daba miedo porque era una fuerza que no podía controlar. Su expresión de angustia cuando le dijo que Tara estaba en el hospital lo dejaba bien claro. La vida podía ganarle al guerrero en lo que se refería al amor.

—Lo que me da miedo es cómo conduces.

En fin, aunque Katie reconocía que no sabía nada de deportivos, tampoco era como para quejarse. Pero cuando se detuvo en un semáforo, pisó el freno con brusquedad y Dylan estuvo a punto de darse un golpe contra el parabrisas.

—Y también me da miedo la ropa que llevas. ¿Vas a una audición para hacer de miembro de la familia Von Trapp?

—Muy gracioso.

—¿Qué llevas puesto hoy?

—Un pantalón.

—¿Con margaritas?

Poco después llegaron al hospital.

—Será mejor que entres. Yo voy a llevar el coche al aparcamiento.

—No quiero dejarte mi deportivo. Me lo destrozarás.

—Una pena porque aquí no hay aparcacoches.

Dylan parecía a punto de discutir, pero al final le ganó la preocupación por su hermana. De modo que salió dando un portazo y entró en la zona de Urgencias del hospital.

Katie aparcó el deportivo lo mas alejado posible de otros coches. Si alguien lo arañaba, a Dylan le daría un ataque. Y luego se miró en el espejo retrovisor e hizo una mueca. Una cosa era hacer de florecilla silvestre en la tienda para sus clientes y para molestar a Dylan, pero salir en público así, como si se hubiera hecho el pantalón con una cortina... Él tenía razón; parecía uno de los pupilos de Julie Andrews en *Sonrisas y Lágrimas...*

Nerviosa, se quitó la bandana y sacudió la cabeza. Pero no podía hacer nada con los pantalones de margaritas salvo entrar en el hospital con la cabeza bien alta, algo en lo que, afortunadamente, tenía mucha práctica.

Vio a Dylan enseguida en la sala de espera, pero no estaba solo.

Tenía un niño en brazos y Katie se quedó sin aliento. El niño, con la cabeza

apoyada en su pecho, se chupaba un dedito mientras tocaba la cara de su tío con la otra mano. Dylan le dio un beso y luego dijo algo que hizo al niño levantar la cabeza con una sonrisa en los labios.

Debía de ser el hijo de su hermana, pensó. Y tenía una sonrisa que prometía ser tan devastadora como la de su tío. De hecho, el niño podría ser hijo de Dylan. Los dos tenían el pelo oscuro y unos asombrosos ojos azules. Además, tenía la misma barbilla; una barbilla que rompería muchos corazones.

El contraste era increíble; Dylan tan fuerte, tan seguro de sí mismo, sujetando al niño con sus poderosos brazos mientras el crío parecía tan pequeño, tan indefenso.

Katie se dio cuenta de que Dylan, el hombre menos capaz de llegar a un compromiso con una mujer, parecía haber nacido para ser padre.

Pero viéndolo con aquel niño, Katie sintió que se le rompía el corazón como se le había roto una vez.

Una vez, mucho tiempo atrás, aquél había sido su sueño.

Un hombre fuerte, un niño. Una casita con un columpio, un jardín, galletas en el horno...

Pero su sueño había muerto cuando perdió a su hijo. Un chico que ahora tendría un año más que el niño que Dylan tenía en sus brazos.

Meses de neblina gris, de no estar en ningún sitio. Sin lágrimas, sin risas, sin alegría. La sensación de que ya no tenía nada que esperar de la vida. Marcus se volvió impaciente, distante. Más distante que antes.

Mientras lo recordaba, una enfermera se acercó a Dylan para decirle algo. Una chica guapa, alegre. La clase de chica con la que él solía salir... aunque siendo enfermera, seguramente sería inteligente.

Katie quería marcharse de allí. Le dolía el corazón y sabía que ése era el dolor que siempre había sabido que Dylan podía causarle. Era el dolor de una mujer que deseaba algo con todas sus fuerzas. Algo que era irreal. Imposible.

Respirando profundamente, se acercó a él.

—Espero que tu hermana esté bien.

—Tropezó con un juguete y cayó rodando por la escalera —contestó Dylan—. Se ha roto una pierna.

—Ah, pobrecilla. Bueno, yo tengo que irme...

El niño había alargado la manita para tocar su pelo. Olía a talco y a colonia de bebé, a inocencia, a esperanza, a sueños.

En la tienda, Katie ni siquiera hacía los ramos de flores para las mamás recientes. Ésos los hacía la señora Abercrombie.

—¿Te pasa algo? —preguntó Dylan.

—¿Qué? No, nada, estoy bien.

—¿Qué te pasa, Katie?

Y entonces ocurrió una cosa terrible: se puso a llorar. Era como si todos los sentimientos que había tenido guardados desde que perdió el niño quisieran salir a la

superficie justo en aquel momento, en aquel sitio, delante de aquel hombre.

Era exactamente la clase de escena que horrorizaría a alguien como Dylan McKinnon.

Pero no fue así.

En lugar de mirarla con cara de susto, la tomó por la cintura con el brazo libre.

—Oye, que no pasa nada.

El niño estaba más cerca ahora, tocándola, enredando los deditos en su pelo.

Katie esperó que su corazón se rompiera en mil pedazos.

Allí, con el brazo de Dylan en la cintura, respirando el delicioso aroma del niño, algo se rompió. El hielo que había alrededor de su corazón. Pero detrás de él no había destrucción sino calor. El calor más maravilloso la llenó por completo.

—¿Puedo tomarlo en brazos? —murmuró, secándose las lágrimas con la palma de la mano.

El niño fue con ella sin protestar, murmurando cosas incomprensibles, y Katie lo apretó contra su corazón, sintiendo la vida. En todo su misterio y su magnificencia.

Luego miró a Dylan a los ojos y se oyó decir:

—Perdí un hijo. Y mi matrimonio se rompió después de eso.

Dylan no intentó consolarla, pero tampoco apartó la mirada. No intentó cambiar de tema. No le ofreció palabras que no le servirían de consuelo.

—Vamos a sentarnos ahí —dijo después, llevándola hacia un banco.

—¿Cómo se llama?

—Jake.

—Yo iba a llamar a mi hijo Jonathan.

—Jonathan es un bonito nombre. Y creo que habrías sido una mamá estupenda.

—Para mí fue horrible.

—Es lógico.

—Marcus, mi marido, pareció aliviado.

Nunca le había confesado eso a nadie. Quizá ni siquiera a sí misma.

—Dijo que no sabía si yo estaba preparada para tener un hijo —siguió Katie, sin pensar—. Marcus no quiso intentarlo de nuevo. Lo que quería era que a mí se me pasara el disgusto. No entendía que me doliera tanto haber perdido a un niño que ni siquiera había nacido. Pero para mí era un sueño...

Dylan murmuró algo poco amable hacia su marido. Y Katie supo que lo decía en serio. Que él nunca se sentiría aliviado por perder un hijo. Nunca.

De repente, el anhelo que había sentido por él desde que lo conoció aceleró su corazón. «Arriégate con él».

¿Con él? Eso era una locura. Ella sabía bien qué clase de relaciones mantenía Dylan McKinnon con las mujeres.

—Si Tara es tu hermana, ¿quién es Sarah?

—La jefa del departamento de Relaciones Públicas de mi empresa.

—¿Y Margot?

—La recepcionista.

—¿Y Janet?

Dylan dejó escapar un suspiro.

—*Sor Janet.*

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces creo que debería irme a otro país.

¿Pero dónde? ¿Hasta dónde tendría que correr para escapar de la esperanza?

—Katie, querida. Oh, Katie, querida...

«Katie, querida». Sólo era una broma, no algo que debiera aumentar el anhelo que sentía por él. Pero dicho así, con tal ternura, eso fue lo que ocurrió. Y le hizo decidir que no se iba a ninguna parte. Por el momento.

Dylan apretó su mano, suspirando. Parecía un hombre que reescribiría su pasado por ella, si pudiera.

Pero ¿qué escribiría para el futuro?

El niño, que había estado diciendo cosas ininteligibles durante un rato se sacó el dedo de la boca y gritó:

—¡Jaaaaaaaaake!

Katie rió, sorprendida.

—Estamos intentando controlar el volumen. Pero va a piñón fijo. Y si lo dejas en el suelo, sólo tiene una velocidad.

—A ver si lo adivino: la quinta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Esta bellota no ha caído muy lejos del árbol familiar de los McKinnon.

—¿Señor McKinnon? —lo llamó una enfermera—. ¿Quiere venir un momento conmigo?

Dylan miró a Katie.

—¿Quieres que te deje a Jake o me lo llevo?

—Déjamelos —contestó ella.

—Oye, pañalitos, pórtate bien.

Katie lo vio alejarse con la enfermera y, a pesar de que sabía que Dylan McKinnon no era hombre para ella, sintió que su corazón se iba con él.

Estaban preparando a su hermana para cirugía y Tara tenía que darle ciertas instrucciones, pero Dylan tenía problemas para concentrarse.

Quería matar a alguien. Quería matar a un hombre al que no conocía. Quería matar a un hombre tan egoísta que había dejado a Katie sola con su dolor después de que perdiera a su hijo. ¿Qué le había dicho? Que su marido pareció aliviado...

Dylan no podía creer que un hombre la mirase a los ojos y no quisiera estar con ella, consolarla.

—Nada de chocolate, ni caramelos, ni hamburguesas ni filetes... Ni langosta, porque es alérgico.

Dylan miró a su hermana. Debían de haberle dado algo para controlar el dolor antes de la operación. Pero aun así estaba dando instrucciones.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy intentando decirte cómo cuidar de Jake.

—Yo no pienso cuidar de Jake. ¿Dónde está Sam?

—En San Francisco. Hay niebla y el avión no ha podido despegar. Así que, a menos que quieras que tu sobrino favorito se quede en la calle, vas a tener que cuidar de él.

—¿Y cuándo vuelve Sam?

—Dylan, no tengo el don de predecir el tiempo. Incluso cuando estoy drogada.

Después de escuchar una tonelada de consejos, Dylan volvió a la sala de espera. Katie había encontrado una caja de juguetes y estaba sentada en el suelo con su sobrino. No parecía preocuparle que se le manchara la ropa. Claro que ésa debía de ser la razón por la que se ponía esas cosas. Uno no se preocuparía de mancharlas, todo lo contrario. Afortunadamente, había dejado la bandana de margaritas en alguna parte.

O quizá *no afortunadamente*. Porque sin ella el pelo caía sobre sus hombros...

Como pasaba siempre, Dylan dejó de pensar en su atuendo y se fijó en su cara, en la dulce curva de sus labios... entonces comprendió por qué había estado pensando en su marido mientras hablaba con Tara. Porque no quería pensar en ella. Pensar en ella era una amenaza para su tranquilidad espiritual. Sobre todo desde que la vio hacer aquel bailecito, cuando le regaló las entradas para ver a Tac Revolt, desde que probó la dulzura de sus labios.

Una chica decente. Una chica sencilla. Una chica lista. Una chica que había nacido para ser madre.

Dylan sabía bien que allí, en el suelo de la sala de espera del hospital, había una mujer a la que él se lo había ofrecido todo: le había ofrecido salir a cenar, acompañarla a los eventos más buscados, llevarla en su moto, al hotel de hielo...

Katie había rechazado todas sus invitaciones. Pero luego, cuando hizo algo genuinamente amable, aunque accidental, porque él no pretendía que la segunda entrada fuese para su madre, fue ella quien hizo una invitación.

Y eso era lo que estaba haciendo ahora, sin darse cuenta. Estaba invitándolo a vivir una vida a la que él había dado la espalda desde que su madre se puso enferma. Una vida que Dylan había decidido era demasiado insegura, demasiado impredecible.

Por eso la había evitado durante aquella semana. Desde que lo invitó a tomar un café.

Había decidido, después de verla bailar, después de besarla, que el juego había terminado. El precio podría ser demasiado alto. Y, sin embargo, allí estaba otra vez, con ella.

—Gracias, Katie.

—¿Tu hermana está bien?

—Medio drogada, pero echándome la bronca, como siempre. Y destrozándome la vida. Me temo que soy el único candidato para cuidar de Jake.

—¿Nunca has cuidado de tu sobrino?

—Lo he llevado al parque un par de veces. Y de tiendas. Este enano es un imán para las chicas. Cuando voy con él, las mujeres se me tiran encima.

Dylan sabía lo que estaba haciendo: estaba colocando la barrera otra vez, demostrándole que su vida era una sucesión de romances.

—Sólo a ti podría interesarte un niño por esa razón.

—Es conveniente... hasta cierto punto.

Estaba funcionando. Katie parecía horrorizada.

—¿Cómo?

—Es muy mono, pero hay que cambiarle el pañal. Cuando las cosas se ponen interesantes, a cambiar el pañal. Una vez se hizo sus necesidades encima de mí. Casi vomito.

—¿El temerario Dylan McKinnon a punto de vomitar porque un niño se hace sus necesidades encima de él? —rió Katie.

—No te hagas la lista. Tú no estabas allí. El horror fue inimaginable. ¿Te ha pasado a ti alguna vez?

—Solía cuidar de los niños más pequeños en el instituto. Pero yo no dejaría que un poco de suciedad de bebé me asustase.

—Eso es como el soldado que nunca ha entrado en batalla pero dice que las balas no le dan miedo.

—No es lo mismo —replicó ella, irónica.

—Sí, bueno, pues a mí me da miedo y soy tan hombre como para admitirlo.

—Me gusta mucho esa vulnerabilidad tuya —rió Katie.

—No se lo cuentes a nadie o me arruinaras. ¡Y no te rías!

De verdad, su sonrisa empezaba a ser lo más difícil de resistir. Encendía algo en él.

—¿Por qué a todo el mundo le hace gracia que yo lo pase mal?

Se lo estaba preguntando al universo, además de a Katie.

—Dylan, lo que tiene gracia no es que lo pases mal. Es que te dé miedo algo tan simpático.

—No pensarás que es simpático cuando este enano arrugue la frente y empiece a ponerse rojo.

Katie soltó otra carcajada. Aquella mujer empezaba a ser peligrosa. Él había querido que volviera a ser la mujer que había sido una vez. Pero ya no sería capaz de olvidar la belleza que había encontrado en ella, sus esperanzas, sus sueños. Y todo estaba allí, en sus ojos, en su risa. Dylan necesitaba saber que esa parte preciosa de ella no había sido destruida para siempre.

Y la prueba de que su plan estaba funcionando era que allí estaba, sentada en el suelo con su traje de María Von Trapp, jugando con su sobrino, irradiando una belleza increíble y más que preocupante.

—Oye, no me mires con esa cara.

Alguna vez había tenido la sensación de que Katie lo conocía como no lo conocía nadie. Nadie en el mundo intuía cuándo se sentía presionado o agobiado, cuándo tenía miedo. Ni siquiera cuando se colocó en la puerta de ese avión para saltar en paracaídas. En lugar de parecer asustado, había hecho una broma que hizo reír a todo el mundo.

Pero si Katie hubiera estado allí... ella habría visto lo asustado que estaba. Como había sabido que debía quitarle las llaves del coche media hora antes.

Y Dylan McKinnon no sabía si le gustaba ser tan transparente para otro ser humano.

—Bueno, ¿cuál es el plan de batalla?

—El mismo de siempre: sobrevivir.

—Los planes de batalla no tienen que ver con la supervivencia sino con la victoria.

—No te preocupes por nada. Me llevaré a Jake a casa de mi hermana. Allí todo está calculado para que el niño no pueda hacerse daño.

—No pensarás que voy a dejarte solo con este pobre niño, ¿verdad?

—Puedo arreglármelas, no te preocupes.

—No, no puedes.

Dylan debería sentirse insultado, pero no fue así. Se sentía aliviado más bien. Y confuso.

—No, en serio. Me las arreglaré. Tomo decisiones que podrían costarme millones de dólares todos los días. Tengo a cuarenta y dos personas trabajando para mí y soy patrón de tres organizaciones benéficas. ¿Qué es un niño que pesa ocho kilos comparado con todo eso?

—Dylan McKinnon, ¿has mantenido viva una planta durante más de quince días?

—¿Qué tipo de planta?

—Cualquier planta.

—¿Te refieres a algo verde?

—Sí.

—¿Toallas de baño, por ejemplo?

—No, cosas vivas.

Él vivía en una casa de dos pisos, pero no tenía jardín. Y recordaba un episodio muy triste cuando alguien le dejó un helecho para que lo cuidase...

—Que las plantas... fracasen en su intento de sobrevivir cuando están cerca de mí es irrelevante.

—¿Y una mascota? ¿Has tenido un perro o un gato alguna vez?

—No.

—O sea, que no eres capaz de cuidar de un ser vivo.

—¿Cómo que no? Cuido muy bien de mi coche.

—Un ser vivo —repitió Katie—. Y hablando de coches, ¿tienes una silla de seguridad?

Dylan supo en ese momento que, quisiera o no, necesitaba a Katie Pritchard en ese momento. Sólo una chica como ella pensaría en algo tan importante como una silla de seguridad.

Jake arrugó la frente entonces, contuvo el aliento y empezó a ponerse rojo.

Qué humillante. Dylan no sólo necesitaba a Katie. La necesitaba desesperadamente.

Capítulo 6

Katie miró a Dylan con absoluta sorpresa. Allí estaba, un hombre que se tiraba en paracaídas, que montaba en moto, que conducía deportivos, que arriesgaba su vida. Un hombre que tomaba decisiones que podían costarle millones de dólares, que era responsable de más de cuarenta empleados, que dirigía una empresa.

Y, sin embargo, mientras miraba a Jake, en sus ojos azules había un brillo de puro pánico. Y todo porque su adorable sobrino había dejado de jugar y estaba haciendo algo con total concentración...

—¿Está...? —preguntó Katie.

Pero Dylan no tuvo que contestar porque pronto la sala de espera se llenó de un olor que no podía ser más que de pañal sucio. La cara de concentración se había evaporado y Jake estaba parlotando de nuevo alegremente mientras jugaba con un camión.

—¿Y ahora qué?

—No tengo ni idea.

Katie reconocía lo absurdo de la situación. Era un niño y ellos eran dos adultos...

Sin poderlo evitar, soltó una carcajada.

—Deberías hacer eso más a menudo —murmuró él entonces, mirándola con intensidad.

¿Cómo era posible que Katie Pritchard, con sus pantalones de margaritas, le pareciese la mujer más guapa del mundo de repente? ¿Cómo era posible que su risa le pareciese la más deliciosa?

—¿Qué debería hacer más a menudo?

—Reírte.

—Muy bien, estoy esperando que me digas cuál es el plan.

—¡Se supone que eres tú la que sabe cómo mantener vivas las plantas!

Una enfermera de pelo gris y aspecto eficiente entró entonces en la sala de espera.

—Si quiere, podemos prestarle una sillita de seguridad para que se lleve al niño a casa.

Dylan le regaló una de sus mejores sonrisas y Katie supuso que estaba utilizando su encanto para que la enfermera le cambiase el pañal a Jake.

—Sí, veré, en realidad tenemos otro problema. Los dos somos nuevos en esto y no sabemos cómo cambiar un pañal. ¿Podría encontrar a alguien que nos diese una lección rápida antes de llevarlo a casa?

La enfermera sonrió. ¿Es que nadie era inmune al encanto de Dylan McKinnon?

—Yo misma le enseñaré cómo hacerlo.

Unos minutos después estaban en una pequeña habitación... pero la enfermera no parecía tan encandilada como Katie había pensado porque le explicó a Dylan cómo debía cambiar el pañal y después se marchó.

Katie se dio cuenta entonces de que eso era algo que había soñado hacer ella

misma muchas veces. Pensó que lo haría con su marido, además. Y estaba deseando hacerlo. El mismo día que descubrió que iba a tener un hijo empezó a comprar pijamitas, pañales, peluches, camisetitas...

Ahora, en aquella habitación, enfrentada a la realidad, se preguntó si Marcus habría sido capaz de hacerlo. ¿Y si hubieran seguido juntos? ¿Se habría sentido tan sola como madre como se sentía como esposa?

Desde luego, no podía imaginar a Marcus remangándose para hacer aquella ardua y poco agradable tarea.

—No me he manchado, ¿verdad? —le preguntó Dylan.

—¿De qué? —sonrió Katie.

—De algo marrón.

—No, estás bien. Por el momento.

El niño movía las piernecitas, encantado.

—Deja de hacer eso, Jake. Me das miedo.

Katie no pudo evitar una risita. Sorprendentemente, el cambio de pañal se había convertido en un momento íntimo. Parecían un papá y una mamá... y, de nuevo, sintió esa punzada de anhelo por la vida que había perdido o, más bien, que había soñado una vez.

Eso era lo que debía recordar mientras admiraba la confianza con que Dylan emprendía la tarea. Tenía que recordar que la vida era cruel, que el destino podía robarle a uno lo que más quería en cualquier momento. Que ella se había retirado de la carrera que era la vida por una razón. Porque dolía mucho.

Pero en aquella habitación, con Dylan y el niño, el dolor de haberse retirado era mil veces peor.

—Sujétale los pies con una mano y límpialo con la otra. Luego sólo tienes que ponerle el pañal.

—Qué lista —murmuró él.

Para ser un hombre que se había ganado la vida como atleta, Dylan de repente parecía un negado. Pero decidido.

—Sujétale tú los pies, Katie.

Un pequeño detalle, pero que los convertía en un equipo.

Jake intentaba soltarse, claro, pero Katie no le dejó.

—Enseguida terminamos, pequeñín.

Bueno, no terminaron enseguida porque Dylan parecía tener serios problemas. Pero varios pañales descartados después, el trabajo estaba hecho. Dylan, sin darse cuenta de que se había manchado la cara de talco, parecía muy contento consigo mismo.

—La próxima vez te toca a ti.

A Katie no le pareció tan buena idea. Estaba buscando excusas para seguir con él, para vivir la intimidad de esa experiencia con Dylan.

Pero si había aprendido a cambiar un pañal, ya no la necesitaba.

—Mi hermana dice que cuando es tu hijo no te importa hacerlo. Que no da ningún asco.

—¿Piensas tener hijos, Dylan?

Lo preguntó como si fuera lo más natural, pero la verdad era que contenía el aliento mientras esperaba la respuesta.

—Una vez pensé que quería tenerlos, pero últimamente no sé lo que quiero.

Allí estaba su respuesta.

Y sin embargo, aunque no era lo que ella quería oír, Katie agradeció que fuera sincero. Dylan siempre se mostraba ante los demás como un hombre sin miedo a nada. Que le mostrase sus dudas, su indecisión, era casi un regalo.

¿Era completamente absurdo pensar que estar con un hombre como él haría que su carga fuera menos pesada?

Katie reconoció la locura de ese pensamiento. ¡Ni siquiera habían tomado una taza de café juntos! En realidad, sabía menos sobre él que cualquier fan. Y allí estaba, fantaseando con mantener una relación amorosa con Dylan McKinnon.

Con tener un hijo con él. Un hogar, un hombre como él.

Ésa era la razón por la que había abierto un negocio, por la que se había construido una vida sencilla: sus libros, sus gatos, salir de compras con su madre... Ésa era la razón por la que no había querido conocer a ningún hombre. No era suficientemente fuerte como para arriesgarse otra vez. Ni ahora ni nunca, quizá. Katie se recordó a sí misma que le gustaba su mundo ordenado y predecible.

O le había gustado. Pero quizá la insatisfacción había aparecido en el momento en el que decidió mirarlo correr todos los días.

Pero la ternura que había en los ojos de Dylan mientras apretaba a su sobrino contra su corazón... lo hacía más atractivo que nunca. Más cercano.

Las semanas que había pasado resistiéndose a sus avances empezaban a no tener sentido. Katie reconoció que estaba haciendo lo que Dylan esperaba que hiciese cualquier mujer: estaba capitulando.

Y eso tenía que parar. Tenía que haber una mujer en el mundo que no se echara a sus pies y esa mujer tenía que ser ella.

Y, sin embargo, allí estaba, tan emocionada que se le doblaban las rodillas, como si quisiera pasar el resto de su vida contemplando su cara. Prácticamente flotando, emocionándose porque Dylan McKinnon la miraba a los ojos.

Tenía que recordar que era un seductor. Y que usaba su encanto para conseguir lo que quería. Por eso tenía que marcharse.

Sabía que tenía que hacerlo sin que él viera que le tenía miedo. Nada despertaba más el instinto de un predador que oler el miedo en su presa.

La enfermera volvió a entrar entonces y dejó una sillita de seguridad sobre la mesa.

—Dylan, tú llévate el niño a casa. Yo tomaré un taxi —dijo Katie.

—Pensé que ni siquiera se me podía confiar una planta.

—Seguro que sí. Además, si pasara algo sólo tienes que llamar por teléfono.

—¿A ti?

—A Urgencias.

—Eres muy graciosa.

Katie se quedó sujetando al niño mientras Dylan intentaba colocar la silla de seguridad en un asiento trasero prácticamente inexistente.

—Debería haberle dicho a la enfermera que tengo un deportivo. Seguro que ella habría sabido cómo poner esto... Ah, ya está.

—Estupendo —sonrió Katie.

Hora de volver a su vida normal. Hora de olvidarse del olor a talco y de un hombre que abrazaba a un niño. Hora de decirle adiós para siempre.

«Mentirosa».

—Si pasa algo puedes llamarme por teléfono a la tienda.

—Muy bien, gracias —murmuró Dylan, mirándola a los ojos. Parecía esperar algo, pero Katie no sabía qué.

—Bueno, chiquitín, vamos a casa de tu tío favorito...

—¡No!

Dylan y Katie miraron al niño, que no parecía querer soltarla.

—Pero si vamos a casa...

—¡Tú no!

—Jake...

—¡No, no, no! —gritaba el niño, enredando los bracitos en el cuello de Katie.

—Jakie, cálmate, no pasa nada —insistió Dylan, intentando tomarlo en brazos. Pero el niño no quería moverse y se abrazaba a Katie con todas sus fuerzas.

—Espera un poco, a ver si se calma —murmuró ella.

Dylan dio un paso atrás y el niño lo miró con desconfianza. Luego se metió un dedo en la boca y se quedó tranquilito en los brazos de Katie.

—¡Y tú ni siquiera lo has llevado al parque! —protestó Dylan—. Te está manchando la camisa de saliva, por cierto.

—Un poco de saliva nunca le ha hecho daño a nadie.

Pero Dylan se había levantado el faldón de la camisa y estaba limpiando la mancha. Al hacerlo, dejó expuesto un estómago plano y unos abdominales de cine...

Katie tuvo unos pensamientos menos que decentes, el tipo de pensamiento que había intentando desesperadamente no albergar. ¿Y si aquélla pudiera ser su vida? ¿Su hombre? Niños, sillitas de seguridad. Incluso lo de cambiar pañales merecía la pena.

Mientras vivía peligrosamente, miró a Dylan, recordando el sabor de sus labios, pensando en las cosas que tenían que hacer un hombre y una mujer para concebir un hijo...

—Intenta ponerlo en la sillita —dijo él.

Katie no quería soltar al niño, pero sabía que aquél era un juego muy peligroso.

Jake volvió la cabeza y miró a su tío con graves sospechas.

—Mira, parece Chucky.

—¿Quién?

—Chucky, el muñeco demente que iba asesinando a todo el mundo. Es una película de terror. Seguro que a ti no te gustaría.

—¿Te gustó a ti?

—Pues claro que me gustó. Es un clásico.

Dylan pensó que el niño parecía más relajado e intentó tomarlo en brazos... Jake lanzó un alarido.

—Pero bueno... ¿Qué te he hecho yo, Jake?

—¿Cómo esperas que se comporte con alguien a quien le gusta Chucky? Y para tu información, *Jane Eyre* es un clásico, no ese monstruo —lo regañó Katie.

—Jake no sabe la diferencia entre Chucky y Jane. No tiene ni dos años.

—Los niños intuyen esas cosas —insistió Katie. Y, como para confirmarlo, el niño miró a su tío con expresión fiera.

—Es un pequeño demonio. Está jugando conmigo... y está ganando.

Era curioso ver a uno de los hombres más competitivos del mundo perdiendo una batalla contra un niño de poco más de un año.

Por fin, Dylan se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Pero si yo nunca le he hecho nada, de verdad.

—Ya, claro.

—En serio.

Jake apoyó la cabecita en el pecho de Katie, contento.

Y Dylan se puso a estudiar su pecho con interés... hasta que Katie lo miró levantando una ceja.

—Voy a intentarlo yo...

Tardó un poco, pero consiguió que el niño se sentara en la sillita. Jake contemplaba la situación con gesto de desconfianza y ella se preguntó qué pasaría cuando se diera cuenta de que iba a casa solo con su tío.

—Katie, sube al coche —le rogó Dylan—. Yo sé cómo funciona la mente masculina. Nos distraemos con mucha rapidez. La primera parada será en una tienda de juguetes. Le compraré uno de esos búfalos de cuerda que anuncian en la televisión. Y luego te dejaremos en tu tienda.

Suspirando, Katie obedeció. Sabía que de no hacerlo tendrían una tragedia entre las manos. Y el comentario sobre cómo funcionaba la mente masculina había sido de lo más curioso. Sí, era cierto que se distraían con facilidad. Todo y todos podían ser fácilmente remplazados por algo más interesante, más entretenido.

Aun sabiendo eso, subió al coche. Se decía a sí misma que era por Jake, no porque le costase decirle adiós a Dylan.

En la tienda de juguetes ocurrió una cosa graciosa. Aunque debería ser la fantasía de cualquier niño, Jake se agarró a ella con más fuerza que antes. No quería saber de

nada de búfalos, ni camiones ni pelotas de fútbol. Pero la falta de entusiasmo de su sobrino no evitó que Dylan comprase todo eso.

¿Cómo podía una mujer estar dos horas comprando juguetes con Dylan McKinnon y mantenerse en guardia? ¿Cómo podía una mujer verlo jugar con todos los juguetes como si fuera un niño y cerrar los ojos? ¿Cómo podía verlo chocar un coche teledirigido contra una caja y no perdonárselo todo?

Había rebajas y la tienda estaba llena de mujeres. Mujeres jóvenes, mayores, madres, chicas solteras, chicas guapas, chicas no tan guapas.

Todas y cada una de ellas miraba a Dylan, pero él estaba distraído con los juguetes. Ni siquiera parecía verlas, aunque algunas miradas eran claramente invitadoras.

Algunas lo miraban como si fuese un objeto de arte, para ser admirado y no tocado, a otras se les veían los pensamientos en los ojos o en el movimiento de las caderas. Eso le recordó que él era el playboy y ella la chica normal y corriente, que estaba viviendo una fantasía absurda, la ilusión de que ella, Dylan y Jake eran una familia que había salido a comprar juguetes.

Pero, para ser un hombre que decía distraerse con facilidad, Dylan no miraba a ninguna de esas mujeres. Parecía totalmente concentrado en un helicóptero o en lanzar pelotas a un aro.

Y Katie deseó bajar la guardia y disfrutar. Olvidarse de todo y ser feliz durante unos minutos con Dylan McKinnon.

Estaba viendo su lado más secreto. Ese lado que igualaba su fuerza de carácter con una ternura increíble. Su lado más paciente, más cariñoso.

De vuelta en el coche, ahora lleno de juguetes, Dylan contempló la indiferencia de Jake y el abrazo de luchador de sumo con que sujetaba a Katie.

—Ella —dijo claramente su sobrino mientras lo ponía en la sillita.

—Si te marchas se pondrá a berrear.

—Pues vas a tener que lidiar con eso tarde o temprano —le advirtió Katie.

—¡Un cachorro! —gritó Dylan entonces—. Le compraré un cachorrito. Y luego te llevaré a la tienda.

—Dylan, ya sabemos que no se te puede confiar una planta. ¿Cómo vas a cuidar de un cachorro?

—En cuanto le haya comprado un cachorro seguro que no se acuerda de ti.

¿Se acordaría Dylan de ella cuando estuviera distraído con un cachorro? Probablemente no.

—Venga, Katie.

Ella dejó escapar un suspiro. El instinto le decía que fuera con él. Pero el instinto a veces se equivocaba. Y el corazón también. Algunas decisiones tenían la capacidad de cambiarte la vida. ¿Lo estaría sintiendo Dylan también?

Como respuesta a esa muda pregunta, él empezó a buscar algo dentro de una de las bolsas. Encontró una paleta con una pelota y empezó a jugar con ella para distraer

a Jake. Parecía un hombre que nunca había escuchado la llamada de su corazón.

—Vamos a casa de tu hermana —sugirió Katie, resignada—. Seguro que estando en su casa se encontrará más cómodo. Además, debe de estar cansado. Cuando se duerma me iré. Y cuando despierte le das el helicóptero. Ni se dará cuenta de que me he ido.

—Gracias, Katie, querida.

Pero él quería que se quedara.

—Voy a llamar a la señora Abercrombie para decirle que cierre ella la tienda.

—No lo lamentarás.

Pero ya lo lamentaba porque sabía que estaba haciendo algo peligroso. Aparentemente, era un paseo por el campo, pero se preguntó si no acabaría cayendo en arenas movedizas.

—De todas maneras, podríamos comprar un cachorro —insistió Dylan.

—¡Ella! —gritó Jake.

—¿Sabes una cosa? Tu sobrino aún no tiene dos años y ya está intentando enseñarte algo.

—¿Qué?

—Que no se puede reemplazar a la gente con cosas. Quiere a su mamá, así que no puedes comprarlo tan fácilmente. Ni con mil dólares, ni con juguetes ni con una mascota.

—Odio cuando tienes razón.

—Y como no puede tener a su mamá, por lo visto quiere tenerme a mí, que soy lo más parecido. Así que por el momento, me temo que no voy a poder marcharme. Llévame a casa, Dylan.

Él suspiró, satisfecho.

—Llevo mucho tiempo deseando oír esas palabras, Katie, querida.

—No te hagas ilusiones. No pienso ser la receptora de uno de tus famosos ramos de flores.

—Jamás te enviaría un ramo de flores, Katie, querida. Porque si lo hago me tirarías algo a la cabeza.

Sin poderlo evitar, Katie soltó una carcajada. Dylan rió también y era como si la vida le hubiera dado el más precioso regalo cuando menos lo esperaba. Y una mujer no podía endurecer su corazón contra ese tipo de regalo para siempre.

—Nada, no quiere —suspiró Dylan, intentando por enésima vez que su sobrino se comiera el puré.

Llevaban dos días cuidando de Jake. En San Francisco seguía habiendo niebla, de modo que los aviones no podían despegar y su hermana seguía en el hospital. Dylan había aceptado el hecho de que su cuñado jamás volvería a Hillsboro y que a su hermana le gustaba estar en el hospital.

Y era lógico, ya que su hijo era un monstruo.

Por otro lado, empezaba a pensar que aquella pequeña aventura con Katie podría durar para siempre.

¿Quién habría podido adivinar que estar con Katie sería tan interesante? Ella había intentado marcharse varias veces, pero Jake parecía tener un radar. En cuanto abría la puerta, el niño empezaba a gritar y no había forma de pararlo.

La primera noche, cuando Jake despertó y su adorada mamá no fue a consolarlo, empezó a llorar como si lo estuvieran matando. Dylan lo intentó todo. Le cambió el pañal, le dio galletas, el biberón, le puso una película de dibujos animados, le dio todos los juguetes que encontró... Pero nada funcionaba. Si hubiese habido una tienda de mascotas abierta a esas horas habría ido a comprar un cachorro.

Por fin, se sentó en los escalones de la casa, pero también desde allí podía oír los berridos de Jake. Y cuando las luces de los vecinos empezaron a encenderse se rindió y llamó a Katie. Sabía que no tenía que llamarla. Él conocía a muchas chicas, pero sólo confiaba en ella. No sabía cuándo había empezado a confiar en ella por completo.

—¿Hola? —contestó Katie, medio dormida. Y Dylan la imaginó con el pelo revuelto, entre las sábanas...

—Lo siento. No debería haber llamado.

—¿Qué pasa, Dylan? ¿Jake está llorando?

—Lleva más de una hora sin parar. No sé qué hacer, Katie. Estoy a punto de suicidarme. Escucha esto —Dylan apartó el teléfono un momento y luego volvió a ponérselo en los labios—. ¿Puede venir «ella»?

Katie llegó unos minutos después, tomó a Jake en brazos... y el canalla se quedó dormido inmediatamente.

—¿Cómo lo haces?

—Yo no hago nada. Seguramente le recuerdo a su mamá.

Dylan la miraba, en silencio. Conocía a mucha gente, gente como él, que podía mirar a una chica como Katie Pritchard y perderse todo lo que era importante. La belleza no tenía nada que ver con parar el tráfico o aparecer en la alfombra roja.

Era sobrevivir a las penas, a los fracasos y hacer que te convirtieran en mejor persona. Dylan podía aprender algo de ella, de su espíritu, que permanecía intacto. Cautó, pero intacto.

Al día siguiente, mientras Jake dormía, Katie fue a su casa para dar de comer a sus gatos y meter algunas cosas en una bolsa de viaje. Y después volvió. Estaba instalada en la habitación de invitados.

Dylan había hecho algunas de las cosas más excitantes que un hombre podía hacer. Durante toda su vida se había sentido atraído por la velocidad, por la adrenalina.

Entonces, ¿por qué jugar en el jardín con su sobrino y ver a Katie limpiarle la carita con un paño le parecía más satisfactorio que nada?

Había estado en algunas de las fiestas más escandalosas del mundo. Había conocido a ganadores de Oscar, a estrellas del rock, del mundo del deporte.

Entonces, ¿por qué tomar una copa de vino con Katie mientras Jake estaba dormido le parecía tan fascinante? ¿Por qué una historia sobre un cliente de su tienda le parecía más divertida que la mejor comedia?

Había corrido maratones y ganado trofeos, pero cuando se subió a una bicicleta que tiraba del cochecito de Jake, con Katie montando a su lado... fue entonces cuando se sintió completamente feliz.

Y ahora aquello. Estaban intentando dar de comer a Jake, que se negaba a abrir la boca, pero no se sentía frustrado sino feliz por estar al lado de Katie.

—Intenta hacer el avión —dijo ella.

A pesar de todos sus intentos, la boquita del niño permanecía firmemente cerrada. Agotado, Dylan le dio la cuchara a Katie y Jake abrió la boca como un pajarito.

—Todo lo que pongas ahí va a salir por el otro lado —le recordó.

—Dylan, por favor, no seas cochino.

—Soy realista —suspiró él—. Esperemos que cuando llegue el momento de reciclar, Sam ya haya vuelto a casa.

—Eso espero —murmuró Katie. Pero sabía que temía el momento en el que Sam volviera a casa tanto como él—. Deberíamos limpiar la casa antes de que vuelva.

Durante los últimos días, Dylan había abierto todas las cajas y la casa estaba llena de piezas de juguetes, pelotas, peluches, coches, camiones... Sin querer, había lanzado un coche teledirigido contra la mesa del salón, dejando una marca, y el sofá estaba manchado de plastilina. Dylan ni siquiera se molestaba en disimular que lo estaba pasando mejor que Jake, quien parecía más fascinado por las cajas que por los propios juguetes.

—¿Limpiar? Mi hermana me ha cargado con esta horrible tortura, así que no pienso limpiar nada. Y la próxima vez que me pida entradas para algún partido, ¿sabes lo que le voy a decir?: «¿Perdone, cómo dice que se llama?».

Katie soltó una carcajada y su sobrino rió también, mirando de uno a otro.

Dylan había leído en algún sitio que los niños y los perros sabían juzgar a las personas y eso parecía ser cierto en el caso de Jake y Katie.

El niño no sólo la adoraba, sino que era muy posesivo con ella. Se negaba a compartirla. Aquella noche, Dylan empezaba a preguntarse qué podía hacer para que Jake se durmiera. Sólo entonces podía estar a solas con ella un rato. Esa era la mejor parte del día. Katie relajada a su lado en el sofá, tomando una copa de vino.

Se le ocurrió entonces que debería formular un plan. Quería que las cosas se movieran hacia delante, ¿no? Más tarde o más temprano, Sam volvería a casa. ¿Y luego qué? Ah, quizá el niño lo había juzgado demasiado bien.

Había que tener cuidado con una chica como Katie. Cosas que les haría a otras mujeres, casi sin pensarlo siquiera, tendrían consecuencias con ella.

Pero ¿podría besarla? Sólo un ligero roce de los labios. La clase de beso que se da

para agradecer algo. Para decirle que no podría haberlo hecho sin ella.

El problema era que él tenía poca práctica con ese tipo de besos. Cuando besaba a una chica era el preludio de... de la atracción principal.

Y Katie no era ese tipo de chica. Besarla lo complicaría todo. Sería una estupidez, sí.

De modo que, por supuesto, lo hizo. Sin esperar siquiera el momento adecuado. Mientras estaban intentando darle de comer a su sobrino, se rindió a la tentación de darle un beso.

Katie sabía a algo que... no había probado antes. Sabía a limpio, como el rocío de la mañana.

Había mil cosas que ella podría haber hecho y Dylan sabía que Katie estaba preparada para hacer: cerrar la boca, mantener los labios firmemente apretados, darle una bofetada, tirarle el puré a la cara, salir corriendo...

Pero los labios de Katie se abrieron bajo los suyos, cálidos y deliciosos, como si hubiera sabido durante toda su vida que aquello iba a ocurrir, como si lo hubiera esperado.

Su beso no era el beso predador de Heather, ni el beso prometedor de otras mil chicas a las que Dylan había besado. Sus labios eran curiosos, innegablemente sensuales, suaves como la seda.

Dylan se apartó, atónito por lo que había descubierto.

Y lo que había sabido desde el principio.

Había sabido desde el primer momento que bajo ese exterior tan sencillo había algo especial. Algo auténtico. Un tesoro.

Y lo que había descubierto era que él quería merecer sus secretos, su tesoro. Lo que había descubierto con ese beso era que estaba cansado de relaciones superficiales. Esos juegos lo habían dejado vacío, pero algo en los labios de Katie prometía exactamente lo contrario.

Prometía llenar el vacío de su vida.

Parecía imposible que un beso pudiera decir todo eso, pero así era. O quizá lo había visto en sus ojos, algunas veces verdes, otras castaños, otras de color miel.

Y quizá siempre había sabido que su hermana tenía razón. Que llevaba demasiado tiempo tomando un camino equivocado y que no merecía a una chica como Katie Pritchard. Igual que su exmarido.

Pero no, él no era como su exmarido. Porque él quería estar a su lado aunque la vida les jugase una mala pasada, aunque el destino fuera cruel con ellos. Le parecía que era... la tarea para la que estaba destinado.

En los labios de Katie había probado algo nuevo, diferente. Algo que no había probado nunca. Un sitio en el que la soledad no existía, un sitio que lo invitaba a ser mejor, más profundo, más sincero.

Un sitio que lo invitaba a conocer a otra persona de verdad, a investigar en su alma por simple placer, no por el uso que podría darle.

—Dylan... no deberías hacer eso.

—No, ya lo sé —murmuró él.

Y luego se puso a montar un vagón de tren. En realidad, le gustaban las cosas que iban con instrucciones. Cuando se tiraba en paracaídas o hacía *puenting* con una cuerda elástica no había instrucciones sino reglas rígidas para no matarse. Si uno seguía esas reglas conseguía un resultado exacto. Si no, se perdía todo.

Durante toda su vida la gente lo había visto como un hombre que no tenía miedo de nada, pero un sencillo beso le había demostrado lo contrario.

Había llenado su vida con cosas, con actividades, con éxitos. Había intentado ocupar el tiempo sin dejar un momento para el descanso, para la reflexión. Para huir del hecho de que tenía miedo de lo único que podía llenar su vida.

Dylan McKinnon tenía miedo del amor.

Había creído en él una vez. Siempre había pensado que algún día dejaría de ser un aventurero y encontraría una chica con la que sentar la cabeza.

Pensó que tendría una relación maravillosa, como la de sus padres.

Pero entonces su madre se puso enferma. Al principio no parecía nada importante, sólo algunos olvidos, algunos despistes, como meter la plancha en la nevera. Pero se había deteriorado a una velocidad terrible. Se dejaba el gas abierto, iba a casa de los vecinos en medio de la noche...

Dylan recordaba el día en el que todos supieron que ya nunca sería lo mismo. Estaba en el coche con ella y su madre lo llamó por el nombre de su padre. Y luego anunció tranquilamente que no recordaba la diferencia entre el freno y el acelerador.

Aunque entendía el dolor de su padre y sabía lo difícil que era vivir con un enfermo de Alzheimer, Dylan se enfureció con él cuando tomó la decisión de llevarla a una residencia; una furia que aumentó al saber que apenas iba a visitarla.

La relación de sus padres había sido el modelo de amor para él. Un amor lleno de respeto, de confianza, de cariño. Y todo se había hundido cuando llegó el momento de la verdad.

Dylan lloraba por una madre que aún no había muerto, pero era una muerta en vida. Y lloraba por un sueño roto, su propio sueño; el de la relación amorosa que no había tenido nunca.

Pero con Katie era diferente. Porque con Katie su corazón se llenaba de esperanza. Y era terrible precisamente por la misma razón.

Ella lo obligaba a mirar lo que Dylan no quería mirar. Dylan McKinnon, el temerario, tenía miedo. Miedo de amar.

Lo había conseguido todo en la vida. Tenía dinero, éxito, fama. Y hasta que conoció a Katie, había sido capaz de pasar por alto el hecho de que, a pesar de todo eso, estaba vacío.

Porque había rechazado y huía de eso que hacía rico a un hombre.

El amor.

Capítulo 7

Seguramente habría palabras, momentos, que la gente lamentaba hasta el último día de su vida, decidió Katie. Y ella sabía perfectamente cuáles contemplaría en su lecho de muerte.

Después de aquel beso espontáneo, ¿de verdad había dicho: «Dylan, no deberías hacer eso»?

Sí, lo había dicho. Y él no había vuelto a besarla. Lo cual era irritante porque le parecía un poquito tarde en la vida de Dylan McKinnon para empezar a portarse como un caballero. Y ella quería que volviera a besarla.

Llevaban dos días cuidando de Jake y aquella casa la llenaba de anhelo. No porque fuese bonita, aunque lo era, sino porque podía sentir el amor de la familia que vivía allí.

Estaba en las fotografías de la boda de Tara y Sam, en las fotografías de Jake. Estaba en las notitas que Sam y Tara se dejaban pegadas en la nevera, en las flores que él le había enviado mientras estaba en San Francisco.

Había una foto en particular en la que Sam miraba a su esposa con una expresión de orgullo, de amor, de deseo... Katie sintió envidia. Y algo más.

Sabía que Dylan la miraba mucho y en una ocasión le pareció, aunque debía de ser su imaginación, que la miraba con la misma expresión con la que Sam miraba a su mujer en esa foto.

Estaba agotada, nerviosa, debía de ser eso, se dijo. Aquella noche, en la habitación de invitados, Katie miraba el techo sin poder pegar ojo, a pesar de que estaba exhausta.

¿Quién hubiera imaginado que un niño tan pequeño daría tanto trabajo? ¿O que sus gritos se oírían al otro lado de la calle?

¿Y quién hubiera podido predecir que ese mismo niño haría que su corazón se llenase de amor y de ternura? ¿Quién habría imaginado que ese pequeñajo que aún no sabía hablar podía ser tan gracioso, tan increíblemente lindo que no podía dejar de mirarlo?

¿Quién habría pensado que un niño podía mostrar lo que había de verdad en el corazón de un hombre?

Katie estaba viendo al verdadero Dylan y eso la llenaba de anhelo y de terror. Y ese anhelo se había intensificado con el beso.

El beso de Dylan, en la atmósfera menos romántica posible, la había pillado por sorpresa. Había ocurrido de repente. Estaba dándole de comer a Jake y, entonces, de repente se vio a sí misma cayendo al abismo que era el amor.

Pero ¿no era así como ocurrían los eventos que cambiaban la vida de la gente? ¿No aparecían de la nada?

Una mirada de un desconocido en el autobús, una carta, ir a un sitio en lugar de a otro. Una vida ordinaria de repente se cruzaba con el destino...

El destino.

Cuando se besaba a alguien, había un intercambio de energía; una fuerza misteriosa saltaba de uno a otro y se veían o sentían cosas que nunca se habían sentido antes.

Ése no había sido el caso con su exmarido. Y si ella hubiera tenido más experiencia se habría dado cuenta. Que los besos de Marcus la hubieran dejado fría debería haber sido una señal de alarma.

Porque cuando los labios de Dylan rozaron los suyos supo cosas sobre él: sintió su fuerza, su corazón, su alma. Y había sentido el destino también.

La cuestión era que una persona podía elegir. El destino ofrecía muchos caminos. Uno podía elegir el más sencillo, el más predecible, el que tenía el destino más claro.

¿Quién no elegiría ése en lugar de un camino difícil, abrupto, del que no se veía el final?

¿Quién elegiría un camino que sólo prometía retos y peligros, que te hacía correr de miedo? ¿Quién elegiría el camino para el que no había mapa?

Pero el camino más fácil, el más predecible, era el que ella había tomado.

Y la triste verdad era que cuando se casó con Marcus sabía en lo más profundo de su corazón que era el camino equivocado, que no estaba hecho para ella. Y aun así lo tomó. Ella quería una familia, hijos, un hogar. Marcus quería una carrera, éxito profesional y económico; la familia era algo secundario para él.

Y Katie no había querido darse cuenta hasta que fue demasiado tarde.

¿La vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad? ¿O estaba engañándose a sí misma al pensar que Dylan, el guapísimo y encantador Dylan, podría querer a una chica como ella?

Pero si no quería pasar el resto de su vida lamentando no haberlo intentado, preguntándose cómo habría sido si hubiera tenido un poco más de valor, tendría que hacer algo.

Estaban juntos en aquella casa. Y Sam llegaría casi con toda seguridad al día siguiente.

Y su aventura habría terminado.

¿Cómo quería que terminase? ¿Podía evitar que aquél fuera el final? Esa idea era tan audaz que le daba miedo. Pero si quería estar con Dylan tendría que averiguar lo valiente que era.

Respirando profundamente, Katie se levantó de la cama, abrió la puerta y se dirigió a su dormitorio.

Cuando puso la mano en el picaporte estuvo a punto de desmayarse al pensar en lo que iba a hacer. Rápidamente corrió a la cocina y encendió la luz. Se haría una taza de té y lo pensaría un poco antes de hacer algo que podría lamentar después.

Luego se miró a sí misma y dejó escapar un suspiro. Había ido a su casa a toda prisa para llevarse las cosas más necesarias... ¿por qué había elegido ese pijama?

Era un pijama de flores, con camisa abotonada hasta el cuello. No estaba

precisamente sexy, no. Pero ella no podía ponerse ropa interior de encaje porque no se sentía cómoda. ¡Además, el encaje raspaba!

Aunque en aquel momento habría hecho el sacrificio si eso le hubiera dado confianza suficiente para abrir la puerta del dormitorio y despertar a Dylan con un beso.

Suspirando, abrió un armario para buscar el té, pensando con tristeza que aquella podría ser su vida para siempre; noches sin sueño con una taza de té como único compañero.

—Hola.

A Katie se le cayó el té de las manos.

La vida no era justa.

Allí estaba Dylan, con un pantalón de pijama a cuadros que resbalaba, perezoso, sobre sus caderas. El estómago plano, el torso desnudo... era tan hermoso que Katie estuvo a punto de desmayarse de deseo. Quería tocarlo, abrazarlo, tenerlo.

Llevaba tanto tiempo resistiéndose... el pobre no sabía que sólo habría tenido que quitarse la camisa y ella habría sucumbido.

Dylan se inclinó para recoger el té que había tirado y lo dejó sobre la encimera, como si temiera tocarla. Pero Katie quería que la tocara.

Le parecía raro sentir así y, al mismo tiempo, era liberador.

Quería tomar ese camino para el que no tenía mapa, el que llevaba hasta la cumbre de la montaña. El camino peligroso del que no sabía si podría descender sin peligro para su vida.

—No podía dormir —murmuró.

—Yo tampoco. Y no entiendo por qué. Estoy agotado.

Katie lo miró y, sin pensar, se pasó la lengua por los labios.

—No hagas eso —musitó Dylan.

—¿Qué?

—Pasarte la lengua por los labios. Por favor, no lo hagas —dijo él con voz ronca.

Katie debería haber dicho «muy bien» o no haber dicho nada, pero estaba encendida por algo que no tenía nada que ver con la lógica que había dictado toda su vida. Estaba en el camino de la montaña. Así que en lugar de eso, dijo:

—¿Por qué no?

Dylan se pasó una mano por el pelo.

—Porque tienes un aspecto muy seductor.

Ella lo miró. Sin encaje. Sin ropa interior sexy.

Y se armó de valor. La empujaba el deseo de tomar ese camino, por muy traicionero que fuera, por muchas sorpresas que escondiese.

Se acercó a él y cerró los ojos, respirando el glorioso aroma de la cumbre. Luego puso las manos sobre su torso y Dylan las cubrió con una de las suyas mientras ponía la otra en su espalda, empujándola hacia él.

Su cuerpo era fibroso, fuerte, su piel desnuda tenía la textura de la seda. Katie

suspiró. Era como si toda su vida hubiera esperado aquel momento. Era como si hubiera encontrado el camino a casa, su cuerpo apretado contra el de Dylan, tan cerca que notaba los latidos de su corazón.

No sólo había llegado a la cumbre de la montaña, sino que acababa de descubrir que aquél era su sitio. Merecía volar con las águilas.

Echó la cabeza hacia atrás y él acarició su mejilla, mirándola como si la viera por primera vez. Katie giró la cabeza y besó su mano, mordisqueándola después, viendo la sorpresa en sus ojos. En los que había un peligroso brillo de deseo.

Sabía que Dylan no se había dado cuenta de que llevaba el pijama más horrendo del mundo. Cuando la miraba así, sentía como si fuera la primera vez que un hombre se fijaba en ella...

—Me dijiste que no volviera a hacerlo.

—Lo sé. Pero ahora es mi turno. Voy a besarte yo, Dylan.

Katie se puso de puntillas y buscó sus labios. Exploró, saboreó, descubrió. Él se contenía, dejándola disfrutar de su momento, rindiéndose a su poder femenino.

Y luego ya no pudo contenerse. Con un gemido de deseo, enredó los dedos en su pelo y buscó sus labios. Aquel beso era la llamada salvaje que Katie nunca había querido escuchar, la que liberaba a la mujer que había permanecido cautiva durante tanto tiempo. Y la llevó al sitio donde era libre por fin. Sin planes, sin presiones. Y sobre todo, sin miedo.

Ella era el águila, orgullosa, hambrienta, fiera, independiente, majestuosa.

Era como si estuviese oyendo la voz antigua que ordenaba que un hombre y una mujer estuvieran juntos. Una unión tan intensa y tan íntima, tan profunda que se convertía en la fuerza de la vida.

Katie lo deseaba. Deseaba seguir en la cumbre de la montaña y en aquel momento le daba igual cuál fuera el precio. Como un montañero en el Everest, sólo pensaba en una cosa: las consecuencias ya no importaban.

Cuando Dylan la tomó en brazos supo que él estaba tan convencido como ella. Y se alegraba.

* * *

Dylan McKinnon seguramente había besado a mil mujeres, tantas que las experiencias se mezclaban unas con otras.

Pero ahora sabía y sentía que aquello era algo especial, diferente. Algo tan poderoso y tan sagrado que lo hacía avergonzarse de lo que había aceptado antes.

Aquello con Katie era físico y, sin embargo, era mucho más que eso. Era como si sus almas se hubiesen encontrado por fin, como si Katie pudiera llevarlo a un sitio en el que nunca antes había estado.

Besar a Katie lo hacía sentir como si hubiera cruzado un desierto, como si hubiera encontrado allí el único oasis. Sentía sed, pero no era de sexo, sino de contacto, de unión, de verdadera unión.

La tomó en brazos y le pareció que no pesaba nada. Sintió que algo se abría en

ella, que sus miedos habían desaparecido. Que, de alguna forma, se entregaba a él sabiendo lo que hacía.

En silencio, la llevó por el pasillo hasta el dormitorio y la dejó en la cama. Se quedó de pie, mirándola, maravillándose de lo generoso de sus labios, del deseo que veía en sus ojos, de su pelo extendido por la almohada...

Sin dejar de mirarla, empezó a desabrochar los botones del pijama. Quería preguntarle si estaba segura, pero temía que las palabras rompieran el hechizo. En lugar de eso, se tumbó a su lado, pero no abrió la camisa del pijama. Pensó en el tremendo regalo que ella iba a darle y se preguntó si lo merecía.

Y, de repente, supo una terrible verdad.

Era justo el único momento en el que no debería pensar en su madre. Y, sin embargo, no podía evitarlo. Su madre había desaparecido. Pero lo que le había enseñado no. Las enseñanzas de su madre, una mujer de absoluta integridad, estarían con él para siempre.

Y para honrar su memoria debía hacer lo correcto. Lo que ella habría aprobado, lo que la habría hecho sentirse orgullosa de su hijo. Lo que su hermana llamaría «decente».

Si hacía el amor con Katie ahora no sería el hombre que su madre había esperado que fuese.

Siempre se había acostado con mujeres por placer, sin pensar en nada más. Jamás había pensado en el futuro, en lo que significaba lo que estaba haciendo ni en el daño que podría hacerle a la otra persona.

¿Pero hacerle daño a Katie?

¿Llevarse su mayor regalo sin pensar en lo que significaba para él? ¿Y para ella? ¿Entrar en una unión sagrada sin un plan para mañana y al día siguiente y al otro?

—¿Qué ocurre, Dylan?

—Nada. Todo.

—Pero esa expresión tuya... la he visto otras veces.

Dylan empezó entonces a abrochar los botones del pijama. El deseo había hecho que los desabrochara, el amor lo obligaba a hacer lo contrario.

—Dylan... ¿por qué estás triste? He visto esa expresión... todos los viernes, cuando vas a elegir las flores.

Las flores que compraba para su madre.

—¿Para quién son esas flores?

Aquello no era lo que quería darle a Katie. Sus problemas, su carga. Si alguna vez hacían el amor, quería que fuese un momento feliz.

Dylan llevaba flores a su madre todos los viernes y buscaba en sus ojos alguna señal de que ella lo reconocía. Cuando era evidente que no quedaba nada de la mujer que había sido su madre, le leía poemas que le habían gustado cuando era joven. Le llevaba libros y revistas. Pero su madre no escuchaba, no leía. Ni siquiera sabía que su marido ya no iba a verla.

De hecho, la última vez que fue a ver a su padre encontró el folleto de una agencia de viajes sobre la mesa. Un crucero. Fue entonces cuando empezó a sospechar qué su padre tenía una amiga.

Ahora, mirando a Katie, por primera vez entendió a su padre. Pensar que algún día ella podría no reconocerlo sería peor que la muerte.

Recordar a la mujer que había montado en bicicleta con él, que había jugado con Jake, a la que había visto cambiando pañales y haciendo bromas... y que esa mujer se hubiera convertido en una desconocida, en alguien incapaz de recordar su nombre... sería el dolor más profundo, más devastador.

¡Pero él no quería entender a su padre!

Y quizá tampoco quería entenderse a sí mismo. ¿Y si él había heredado el gen que provocaba el Alzheimer? ¿Y si pedirle a Katie que compartiese el futuro con él significaba que algún día no la reconocería? ¿Y si fuera al revés, si él tuviese que tomar la terrible decisión que tuvo que tomar su padre?

¿Eso era lo que exigía el amor? ¿Exigía el amor que se tomaran decisiones tan horribles que el corazón de un ser humano se rompía en mil pedazos? ¿Tan cruel era el amor que era mejor no arriesgarse en absoluto?

Lo único que tenía que haber dicho desde el principio era que lamentaba que la vida le hubiera dado un golpe tan terrible. Pero no, en lugar de hacer eso tenía que complicarlo todo, jugar con ella, engañarse a sí mismo sobre sus motivos. Había querido demostrar que era un hombre decente y se preguntaba si no habría demostrado justo lo contrario.

¿Qué había de decente en un hombre que quería hacerle el amor a una mujer a la que no le había ofrecido compromiso alguno? Especialmente a una mujer como Katie.

—No puedo hacerlo. Lo siento.

Lo más decente, después de todo.

Pero ella no pareció apreciar su sacrificio o su decencia. Todo lo contrario. Lo fulminó con la mirada y salió de la habitación, airada. Aparentemente sin darse cuenta de que estaba en pijama y descalza, Katie salió de la casa dando un portazo. Dylan oyó que arrancaba el coche y luego lo oyó desaparecer al final de la calle.

Se quedó allí mucho rato, con los ojos abiertos, intentando controlar la emoción que lo embargaba. Se alegraba de no haberle dicho que el ramo de flores que compraba todos los viernes era para su madre. No tenía sentido mostrarse aún más vulnerable.

No, las cosas con Katie nunca salían como él las había planeado. Ni intentar conquistarla, ni intentar hacerle el amor, ni pedirle disculpas, nada.

Tener una relación con ella sería un reto constante. Tendría que ser siempre amable, honesto, generoso. Tendría que cuestionarse a sí mismo continuamente. Y no sabía si era capaz de hacer ese esfuerzo. Sí, se había apartado en el momento oportuno.

Y si eso era verdad, ¿por qué se sentía enfermo? No sólo enfermo, sino solo, más solo que nunca.

Pero si había algo en lo que Dylan McKinnon fuera un experto era en huir de sus sentimientos.

Capítulo 8

La puerta de la tienda se abrió y Katie se volvió rápidamente para ver quién era. Tenía que dejar de hacer eso. No iba a ser Dylan. Habían pasado dos semanas desde la noche en la que casi habían hecho el amor.

Había intentado dejar de esperar que fuese a verla. Había intentado dejar de soñar que algún día aparecería y le diría: «Katie, querida, ¿qué te parece mi nueva camiseta?».

O quizá: «Katie, voy a llevarte a nadar con los delfines».

Quizá pasaría por allí el viernes para comprar el misterioso ramo de flores. Le había preguntado por ese ramo, pero Dylan no contestó. Tenía un secreto. Y un hombre con secretos siempre era mala cosa.

Ella era una mujer divorciada, pero nunca había echado de menos a su exmarido como echaba de menos a Dylan McKinnon.

Aunque, en realidad, era una bendición que las cosas no hubieran ido más allá. Porque si se le había roto el corazón sin que hubiera pasado nada, no quería ni imaginar cómo estaría si hubiesen hecho el amor.

¿Cómo estaría si hubiera salido a cenar con él, si hubiera aceptado dar una vuelta en su moto? ¿Si hubiera ido a patinar con él? Mucho peor. Sí, había sido inteligente decirle que no.

Aunque si le hubiera dicho que sí, quizá habría vivido un poco, como una de esas personas afortunadas que, en su lecho de muerte, no tenían remordimientos.

Quizá estaba esperando una segunda oportunidad para vivir, quizá por eso no podía evitar que su corazón diese un vuelco cada vez que se abría la puerta de la tienda.

Aunque eso ya no sería suficiente. No después de haber probado el sabor de sus labios, después de haberlo tocado. Después de que él hubiera desabrochado su pijama.

La persona que acababa de entrar en la tienda era una chica en silla de ruedas, con una pierna escayolada. ¡Era la madre de Jake, la hermana de Dylan!

Su primer pensamiento fue que algo le había ocurrido a Dylan. Por eso no lo había visto durante esos días, por eso no había ido a la tienda. Pero el rostro de Tara no era el rostro de una mujer de luto. Todo lo contrario, estaba sonriendo.

—¿Eres Katie?

—Sí.

—Traigo tus cosas. Te las dejaste en mi casa —dijo Tara, ofreciéndole una bolsa—. Soy la hermana de Dylan.

—Ah, gracias. Pero no es lo que piensas...

—¿Y qué es lo que pienso?

—Que Dylan y yo...

—¡Yo no pienso nada de eso! Podría creerlo de mi hermano, pero no de ti. Sé que

no eres ese tipo de chica. Tú eres una chica decente —anunció Tara.

Katie decidió que no era el momento de decirle que había estado a punto de dejar de serlo.

—Sólo quería darte las gracias por haber cuidado de Jake. No sé qué habría hecho Dylan sin ti...

—En realidad, Dylan es estupendo con el niño —sonrió Katie.

—Si, bueno, ya sé que le gusta jugar con mi hijo. Pero no sé si la casa seguiría en pie de haber estado solo. ¿A quién le gustaban más los juguetes, a Jake o a mi hermano?

—A Dylan —contestó Katie sin vacilación.

—Ya me lo imaginaba. Quería enviarte unas flores para darte las gracias, pero cuando Dylan me dijo que no me molestase porque tenías una floristería decidí venir para invitarte a comer. He dejado a Jake en la oficina de mi hermano.

—Encantada. Voy a darle unas instrucciones a la señora Abercrombie y enseguida estoy contigo.

Cuando pasaron por delante de la oficina de Dylan, Katie empujando la silla de ruedas, él estaba frente a la ventana, con Jake en brazos. Dylan hizo una mueca y Tara le sacó la lengua. Katie apartó la mirada. Pero a través de la ventana pudo oír el grito de Jake: «¡Ella!»

—¿Te has fijado en que Dylan parece un poquito... irritado últimamente?

—No he visto a Dylan estos días.

—¿Ah, no?

—No —contestó Katie—. Hace dos semanas que no nos vemos.

—¿Por qué?

—Ya sabes que las relaciones de tu hermano con las mujeres siempre son temporales.

—Pero tú no eres una de esas mujeres.

Había estado a punto de serlo.

—¿Os habéis peleado? Como te dejaste tantas cosas en mi casa...

—No, no nos hemos peleado.

«Él me rechazó». Aunque una pelea habría sido preferible.

—Pues algo le pasa —murmuró Tara—. No para de hacer cosas raras, parece un maníaco.

—¿Qué quieres decir?

—Pues veamos, ha decidido escalar no sé qué montaña y está planeando un viaje a las Rocosas para el verano. También lo he visto con un kayak encima del coche y este fin de semana va a participar en una carrera de motos. Y anoche oí en televisión que se marcha a hacer un recorrido por el Sahara. El viernes.

—¿Un recorrido por el desierto?

—En camello —suspiró Tara—. Le pregunté esta mañana, pero se limitó a decir que ya me mandaría una postal. Y lo curioso es que creo que no se lleva a ninguna de

sus rubias.

Katie intentó borrar la expresión de alivio de su rostro. No era asunto suyo que Dylan McKinnon se fuera de viaje con rubias o sin ellas.

—Yo no entiendo a mi hermano, de verdad —suspiró Tara—. No era así antes de que mi madre se pusiera enferma.

—¿Tu madre está enferma? Pensé que había muerto.

—Bueno, en realidad... mi madre tiene Alzheimer y mi padre decidió llevarla a una residencia. Es la mejor, Highlands, en Westside. La pobre ya no conoce a nadie, pero a mi hermano le sentó fatal que la llevara a una residencia. Aunque yo creo que tenerla en casa tal y como está era terrible para mi padre. Se ha convertido en una extraña, en una persona a la que ya no conoce. Ya no es la mujer a la que ha amado durante treinta y cinco años.

—Lo siento mucho —murmuró Katie—. Supongo que ha debido de ser terrible para toda la familia.

—Desde luego que sí. Dylan intenta disimular, pero yo creo que para él ha sido un mazazo. Y, para empeorar las cosas, una vecina se ha hecho amiga de mi padre porque el pobre se sentía tan solo... Yo sospecho que la relación es platónica, pero estaban pensando hacer un crucero juntos y mi hermano se enteró... mi padre ha cancelado el crucero, pero Dylan sigue sin devolverle las llamadas —suspiró Tara—. En fin, esto de que mi hermano empezase a salir con unas y con otras coincidió con la hospitalización de mi madre. Por no hablar de otras locuras como tirarse en paracaídas. Y ahora, por lo visto, ha decidido recorrer el desierto en camello. Está loco.

—¿Cuándo se puso enferma tu madre? —preguntó Katie.

—Todo empezó hace unos tres años. Pero hace un año que está en la residencia.

Katie podría haberlo imaginado aunque Tara no se lo hubiera dicho. Un año antes fue cuando ella abrió la tienda. Y cuando Dylan empezó su campaña de «una novia al mes».

—Dylan siempre ha sido un chico muy popular, desde que era adolescente. Las niñas llamaban a casa preguntando por él... ya sabes. Pero siempre estuvo muy interesado en su carrera profesional, en su trabajo. Y entonces, cuando mi madre se puso enferma, de repente empezó a salir con un montón de mujeres... no he visto tantas rubias en toda mi vida.

Mujeres que no le exigían nada.

Y cuando había conocido a una que lo exigía todo, Dylan daba marcha atrás.

Katie debía admitir que, incluso durante su campaña de una novia al mes, Dylan McKinnon no le escondía nada a nadie, no hacía promesas que no pudiera cumplir. De hecho, todo el mundo en Hillsboro sabía con quién estaba saliendo en cada momento. Sí, desde luego, había intentado hacerla creer que era peor persona de lo que era en realidad.

—Supongo que ha decidido que salir con chicas superficiales es lo mejor para que

no le hagan daño —murmuró Tara.

Durante todo aquel tiempo, Katie había pensado que ella tenía algo que ver con la actitud de Dylan McKinnon. Pero no era así. Dylan estaba intentando desesperadamente demostrarle al mundo que no le tenía miedo a nada, cuando la realidad era que tenía miedo a lo mismo que tenía miedo todo el mundo: a sufrir.

Tara y ella siguieron hablando de unas cosas y de otras y, cuando terminaron de comer, Katie supo que iban a ser amigas.

El viernes, sabiendo que Dylan se marchaba de Hillsboro en otro desesperado intento por apartarse de todo lo que pudiera hacerle daño, Katie escogió el ramo de flores ella misma. Las que Dylan elegía para su madre sin saber su significado. Crisantemos, que representaban la verdad, y margaritas, que representaban la pureza.

Y añadió unos toques personales: brezo, que significaba protección. Lilas, por la maternidad. Y tulipanes, con su mensaje de amor puro. Katie puso todo su corazón en aquel ramo de flores para la madre de Dylan porque lo amaba.

Y lo amaba con tal intensidad que no le importaba que nunca estuvieran juntos. Mientras él estaba en el Sahara le demostraría su amor una vez a la semana con aquel ramo.

Una vez terminado, Katie cerró la floristería y se dirigió hacia Highlands. Una hora después encontraba a la madre de Dylan en su habitación. Era una mujer guapa a pesar de la enfermedad, con una expresión digna, el pelo gris peinado perfectamente. Y llevaba un bonito vestido.

Pero cuando levantó los ojos hacia ella, unos ojos del mismo azul que los de Dylan, Katie se dio cuenta de que no la veía.

—Hola, señora McKinnon. No me conoce, pero le traigo unas flores de parte de su hijo.

La mujer miró el ramo y sonrió, tocando las flores con manos temblorosas. Por un momento le pareció ver un brillo de reconocimiento en sus ojos... luego inclinó la cabeza y respiró su aroma con tal deleite que Katie entendió por qué Dylan se las llevaba cada viernes. Era el único momento en el que había parecido tener un poco de vida.

—Ah, las flores —dijo una enfermera, entrando en la habitación—. Su hijo se las trae todos los viernes.

—Sí, lo sé. Pero es que se ha ido de viaje.

—Ah, ya. El señor McKinnon suele leerle poseías, aunque la pobre ya no se entera de nada —sonrió la mujer—. O eso creemos.

Katie miró alrededor cuando la enfermera salió de la habitación. Había restos de ramos de flores por todas partes. Y otras cosas: libros, fotografías, álbumes, una pelota de béisbol firmada por Dylan, una televisión, un aparato de vídeo...

Aquella era una cara de Dylan que siempre había mantenido en secreto. Así era

como quería Dylan McKinnon. Tanto que le hacía daño, especialmente si cargaba él solo con aquella pena.

Katie miró a su madre y vio no el rostro de la demencia sino a la mujer que había sido una vez. Vio el amor que debía de haber sentido por su marido. El amor que había dado como fruto dos hijos y que sería el legado para su nieto, aunque seguramente ni siquiera sabía que tenía uno.

Cuando la madre de Dylan alargó la mano para tocar la suya, Katie empezó a llorar.

Dylan estaba sentado en la terminal del aeropuerto, con la visera colocada sobre los ojos para que nadie lo reconociese. La idea de pasarse tres semanas subido a un camello le resultaba tan atractiva como que le arrancasen las uñas una a una. Pero antes siempre le había funcionado. La actividad, la adrenalina, siempre habían sido una distracción en el pasado.

Pero esta vez no estaba funcionando.

Echaba tanto de menos a Katie que le dolía todo. ¿Por qué no podía olvidarla?

Y entonces lo supo.

El amor no era un grifo que uno pudiese abrir y cerrar cuando le resultase conveniente. La amaba y podía irse a recorrer todo los desiertos del mundo, pero eso no cambiaría nada.

Se había engañado a sí mismo sobre lo gratificante y emocionante que era su vida. Una tarde con Katie y Jake era mucho mejor que tirarse en paracaídas o escalar montañas.

Y mucho mejor que recorrer un desierto en camello.

En ese momento llamaron a los pasajeros de su avión por los altavoces. Dylan se levantó, dio un par de pasos hacia la vida que ya no le interesaba... y se detuvo.

Era viernes. No tenía que ir al Sahara. Tenía que ir a ver a su madre.

De repente, allí, en medio del aeropuerto, lo entendió todo. El mensaje de la vida no era no arriesgarse para no sufrir. El mensaje era que todo cambiaba y que había que agarrarse a la vida, al amor, para recibir el regalo que se le ofrecía a uno y convertirlo en su tesoro durante el tiempo que fuera posible. Aunque el tiempo fuese corto.

Y él no quería perder un solo minuto.

Cuando salió del aeropuerto y levantó la mano para parar un taxi se asombró al descubrir que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía libre.

Era un hombre que había dejado de huir.

Capítulo 9

Dylan se detuvo frente a la puerta de la habitación de su madre. Había pensado parar un momento en una tienda para comprar flores, pero ya nunca podría comprar flores sin pensar en Katie.

Además, ahora creía saber un par de cosas sobre las flores y se había vuelto exigente. No sobre su significado sino sobre su calidad; cómo debían ser los pétalos, que los capullos debían tener la promesa de la luz dentro de ellos...

Cuando vio a la chica que estaba sentada en la cama, apretando la mano de su madre y llorando, Dylan se detuvo.

Katie.

Verla llenó el persistente vacío que había sentido en su corazón durante las últimas semanas. Y el deseo de hacer cosas, de llenar su vida de actividades, terminó por completo.

Pero Katie estaba llorando.

Antes, cuando era otro hombre, ver llorar a una mujer lo habría hecho salir corriendo. Pero Dylan se acercó en silencio y se sentó a su lado.

Katie levantó la mirada, sorprendida. Parecía a punto de escapar, pero él tomó su mano y empujó suavemente su cabeza para apoyarla en su hombro.

Entonces vio las flores. Katie le había llevado un ramo a su madre porque era viernes. Su madre lo estaba mirando con una sonrisa en los labios y Dylan supo que la luz que emitían esas flores también brillaba para él. Su madre, perdida como estaba, aún reconocía el amor.

—Pensé que te habías ido al Sahara —dijo Katie.

—Había pensado ir, pero decidí no hacerlo. Me pareció aburrido.

—Ah, claro, y tú no quieres aburrirte.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Por qué? Eso significaría que me importas.

—Katie, querida, los dos sabemos que te importo.

—¿Por qué no me contaste lo de tu madre, Dylan? —suspiró ella.

—No se lo he contado a nadie. Me duele demasiado.

—Las cosas duelen menos cuando se las confías a alguien.

—No es que no confiase en ti, sino en mí mismo. ¿Y si yo soy como mi padre, Katie? ¿Y si no se puede confiar en que haga lo correcto cuando las cosas se ponen difíciles?

—¿No crees que tu padre también está sufriendo?

—No viene a verla...

—¿Has pensado alguna vez que si para ti es un sufrimiento ver a tu madre así para él debe de ser una agonía? —murmuró Katie—. Además, seguro que ella querría que tu padre fuera feliz los años que le quedan. Es lo que yo querría si...

—¿Si qué? —preguntó Dylan.

—Eso es lo que yo querría si se tratase de ti y de mí.

—Pero la ha abandonado. Y mi madre no se merece eso. Oh, Katie, deberías haberla conocido. Era maravillosa. Siempre estaba pendiente de todos, era la última en sentarse a la mesa... Sabía lo que nos gustaba, lo que no. Nos daba los mejores consejos. Y ahora...

—¿Te da miedo que a ti te pase lo mismo, Dylan?

—Sí, la verdad es que sí —contestó él, pensativo—. ¿Qué harías si me ocurriera, Katie?

—Te traería flores y te leería poemas —contestó ella—. Haría exactamente lo que tú haces. Y no lo haría como una tarea o una obligación, lo haría por devoción, por lealtad. Por amor.

Katie tenía razón.

Él iba a ver a su madre por amor. Y porque se había convertido en un rito. Cuando alguien era capaz de hacer algo por otra persona sin pensar en sí mismo... entonces estaba preparado.

Preparado para dejar de tirarse en paracaídas y recorrer desiertos en camello.

Preparado para aceptar lo que llevaba en el corazón. Dylan estaba seguro de que ahora podrían confiarle una planta, un cachorro...

Y sobre todo, estaba preparado para querer a Katie Pritchard.

Su madre levantó una mano para tocar su cara y Dylan vio en sus ojos un brillo de reconocimiento. No lo reconocía a él, pero quizá reconocía el amor.

—Normalmente llevo a mi madre al comedor y me quedo con ella hasta las siete. ¿Quieres venir con nosotros, Katie?

—Sí, por supuesto.

Comieron con cubiertos de plástico, los que usaban en la residencia porque los enfermos no tenían fuerzas.

—No era así como había imaginado nuestra primera cita —bromeó Dylan.

—¿Esto es una cita? —sonrió Katie.

—Claro.

—¿Sabes una cosa? Yo creo que no hay nada mejor que comer con un chico y con su madre.

Y Dylan supo que lo decía de verdad. Y supo algo más. Que la amaba más de lo que podría expresar con palabras.

Epílogo

Katie entró en su casa cargada de bolsas. Había tirado toda la ropa horrible que tenía en el armario y se había ido de compras. No eligió la ropa llamativa que se ponían las mujeres con las que Dylan solía salir sino la que ella había dejado de usar desde su divorcio. La ropa de una mujer llena de amor y de confianza. La confianza que le daba el ser admirada: faldas por encima de la rodilla, vaqueros ajustados, blusas ligeramente escotadas, pijamas de seda...

Acababa de entrar en casa cuando llegaron las orquídeas. Dylan le había enviado flores todos los días aquella semana. Y las orquídeas hablaban de amor y de belleza.

—¿Cómo ha podido conseguir orquídeas un domingo?

—¿Qué haría usted por dos entradas para la final de hockey? —sonrió el chico.

—Ah, ya veo.

A la mañana siguiente se vistió con más interés que nunca, con una falda bordada de color chocolate y una chaqueta ajustada que destacaba sus curvas. Se vestía como una mujer guapa, como una mujer llena de vida.

Y cuando llegó a la tienda encontró sobre el mostrador una rosa roja. Una rosa roja siempre había querido decir «te quiero». El color rosa era el de la felicidad. Pero la felicidad llegaría el día que Dylan McKinnon diese un paso adelante. Cuando la abrazase, cuando la besara.

Cuando retomasen lo que habían dejado a medias aquella noche, en casa de su hermana. Pero Dylan estaba siendo el más paciente de los hombres, cortejándola a la antigua... y enamorándola más cada día.

Pero aunque cada mañana Katie se vestía para verlo, y para garantizar que a Dylan se le saldrían los ojos de las órbitas, él no pasaba por la tienda.

Un día, cuando recibió una violeta blanca, Katie decidió que ya había tenido suficiente. Su paciencia tenía un límite. De modo que llamó a su oficina y su secretaria le pasó enseguida.

Pero cuando oyó su voz, de repente no supo qué decir.

—Muy bien —dijo por fin—. Vamos a arriesgarnos.

—¿Nos arriesgamos de verdad?

—Tú eres el temerario, dímelo tú.

Diez minutos después llegaba una caja a la tienda. Dentro había una cazadora sin mangas. Katie se la puso.

Era horrible, el rojo no pegaba nada con el color bronce de la falda y los tacones. Aunque su aspecto era más bien cómico, Katie se miró al espejo, riendo. Luego encontró una nota en el bolsillo: *Tira de la pretina del hombro.*

Una manga, suave como la seda, cayó sobre su brazo como si fuera un acordeón. Katie soltó una carcajada. Enseguida tiró de la otra pretina. Dentro había otra nota: *Habla con la señora Abercrombie.*

Debería haber sabido que tenía un cómplice. ¿Cómo si no podría haber dejado una rosa en el mostrador antes de que ella abriese la tienda?

—Pensé que Dylan no le gustaba.

—Y no me gustaba hasta que supe que sus intenciones eran honestas —contestó la mujer, inclinándose para tomar algo que había bajo el mostrador—. Me ha dicho que le dé esto.

La señora Abercrombie le ofreció una planta. Era hiedra.

—Yo... me parece que he olvidado el significado de la hiedra —murmuró Katie.

No lo había olvidado, pero tenía miedo de creer que era verdad.

—No se preocupe. Ya lo recordará —sonrió su ayudante—. Pero ahora tengo que irme.

Cuando la puerta de la tienda se cerró, Katie estaba temblando como una hoja. Y entonces alguien se aclaró la garganta.

Era Dylan.

¿Cómo podía estar más guapo de lo que ella recordaba? Y llevaba una cazadora idéntica a la suya.

—La hiedra significa el matrimonio, la fidelidad. El amor eterno.

—Sí, lo sé.

—Si te gusta cómo ha quedado la cazadora, entrará en producción la semana que viene.

—Me gusta mucho. Pero ¿podemos seguir hablando de la hiedra?

—Sí, claro —sonrió Dylan—. ¿No has mirado dentro del tiesto?

—No... —Katie prácticamente corrió para mirar. Dentro había un sobre. Y dentro del sobre un collar con dos delfines de diamantes saltando juntos. Nunca había visto una joya tan bonita.

—Sé que te casaste de blanco una vez, ¿quieres volver a hacerlo?

—No.

Ella había imaginado una boda en la playa, al anochecer, descalza.

—Esta vez quiero que sea sólo para ti y para mí.

Las lágrimas empezaban a asomar a sus ojos y Katie no podía pararlas.

—Yo había pensado que podríamos ir a nadar con los delfines. Y, bueno... quizá casarnos al mismo tiempo. En la playa. Después, nuestras familias podrían reunirse con nosotros para disfrutar de unas vacaciones —sonrió Dylan—. He hecho las paces con mi padre, Katie.

—¿De verdad?

—Sí. He ido a verlo y le he pedido perdón por no haber entendido su sufrimiento...

—Eso es maravilloso.

—Sí, yo también lo creo. Bueno, ¿qué te parece lo de la boda en la playa?

—Me parece una idea preciosa —sonrió Katie, intentando disimular el temblor de sus manos.

—No vas a desmayarte, ¿verdad? —murmuró Dylan.

Pero no pensaba arriesgarse. De modo que la tomó entre sus brazos y empezó a

dar vueltas por la tienda, la falda de Katie girando a su alrededor como una peonza hasta que los dos empezaron a reír.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te regalé las entradas para ver a no sé que dibujante y tú te pusiste a bailar.

—¿Estás temblando, Dylan? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—Lo tenía —admitió él, acariciando su cara—. Antes de que me dijeras que sí. Pero ya no tengo miedo. A veces una persona tiembla cuando se encuentra en presencia de algo grande. Yo estoy en presencia del verdadero amor y he esperado este instante toda mi vida. Lo he buscado sin saberlo tantas veces...

—Dylan...

—Y no lo encontré. Pero ahora que lo tengo, no pienso dejarlo escapar. Tú nunca te secarás para mí, Katie. Siempre sentiré el mismo amor por ti. Ésa es mi promesa.

Katie había dudado de su instinto, pero ahora veía que no estaba equivocada. Su instinto, su corazón, había visto en Dylan McKinnon al hombre de su vida.

Él le había mostrado el camino hacia sí misma.

El instinto le decía que lo besara y lo hizo. Saboreó el mundo entero en sus labios. Saboreó el pasado que los había llevado hasta allí y el futuro que los esperaba. Saboreó las alegrías y las penas, la fe para traer niños al mundo, la esperanza de que todo podría curarse.

Y en sus labios disfrutó del sabor de las rosas. ¿Por qué no? Durante siglos, esas flores habían llevado mensajes de amor al mundo entero.

Su corazón se abrió como una rosa porque Katie... «Katie, querida», conocía todos los secretos de las flores.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.